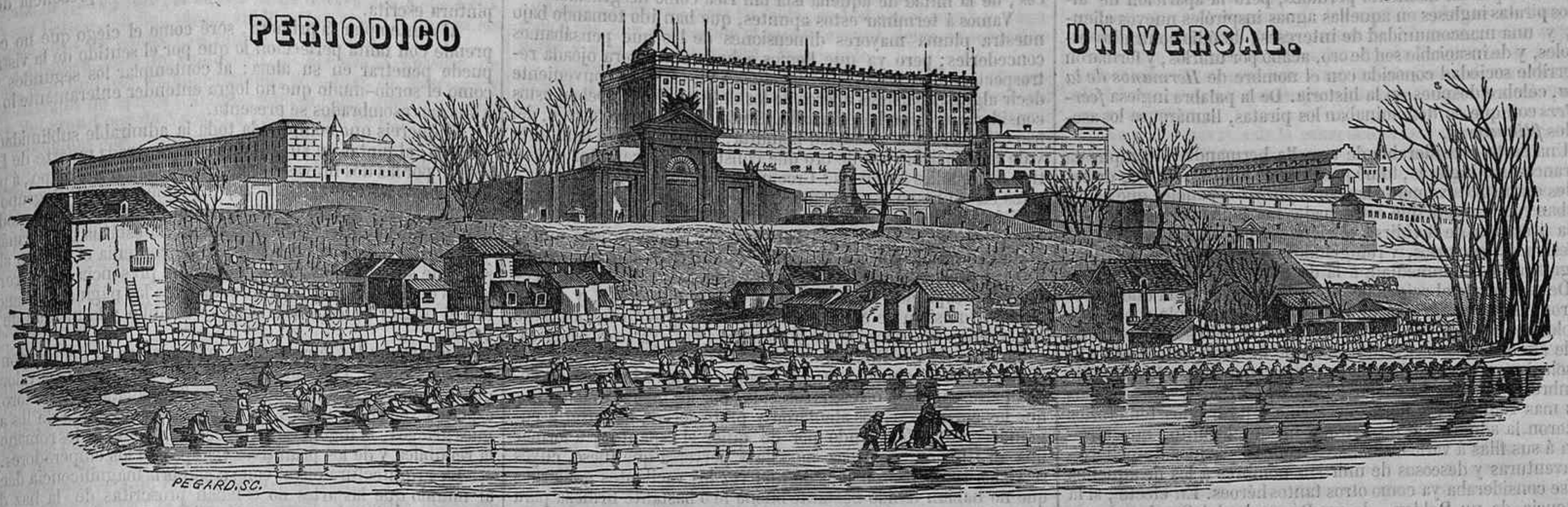
LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 253.—SÁBADO 31 DE DICIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y estranjero: Año 80.



LOS FILIBUSTEROS.

Al asombro que produjo en toda Europa el descubrimiento de un nuevo mundo para España debieron sucederse, y se sucedieron en efecto en los demas países, otros diversos sentimientos, entre los cuales debian resaltar los de la ambicion y la envidia. Resuelta felizmente por el ilustre Genovés la cuestion por tantos siglos debatida de la existencia de otro continente, natural era que se aprestasen todas las naciones, ya que no á disputarnos el triunfo, á reclamar una parte de los despojos del espléndido festin para el cual creian no debia bastar la España. En efecto, escepto la Holanda y Portugal, cuyos esfuerzos y constancia por engrandecerse al través de los mares las habia hecho acreedoras á mayores recompensas, mucho antes que la España pensase en la rica herencia que le estaba reservada, todas las demás naciones yacian mas ó menos aletargadas. Pero las halagüeñas nuevas de las inmensas riquezas que se ofrecian en lontananza á los felices descubridores de aquellas envidiadas regiones, hiciéronlas conocer toda su importancia, y se dispusieron á sacar de ellas el provecho que nosotros, deslumbrados y aturdidos con nuestra dicha inaudita, no alcanzábamos á entrever: así sucedió que por ocuparnos solo del oro, no comprendimos los beneficios inmensos que de unos países tan estensos como feraces podrian reportar el comercio, las artes y la industria.

Pero como si no bastasen á aguijonear la ambicion de las demás naciones y la codicia de los especuladores estranjeros las ricas colonias que acababan de someterse al cetro español, Méjico, el Perú y la Nueva Granada vinieron luego á añadir con sus inagotables minas nuevo incentivo á las ya vivas esperanzas, y viéronse muy pronto surcar aquellos antes casi desiertos mares multitud de buques tripulados en su mayor parte por franceses é ingleses. No pudiendo los españoles dominar en América el inmenso territorio en que, antes que europeo alguno, sentaron la planta, quedaron numerosas islas abandonadas, particularmente las denominadas Antillas, en las cuales, tiempo andando, no hubo nacion que no quisiese poseer su establecimiento. Donde no habia minas que esplotar, el cultivo de la caña de azúcar, tan esquisita en aquellos países, era ya una base para el comercio, y un cimiento para la futura poblacion. Empezó á ejercerse en aquellas costas el contrabando, y la hermosa isla de Cuba, casi desploblada aun en el siglo XVI, ofreció seguro albergue á los corsarios que se ejercitaban, por recurso, durante su permanencia en ella, en la caza mayor. Cubiertos con las pieles de los animales que mataban, cual otros salvajes, á quienes se creeria habian reemplazado, seguidos de numerosas traillas de perros, y armados de fusil y de un par de pistolas, los corsarios acudian allí á abastecerse de provisiones, á endurecerse con las fatigas de rudos ejercicios, y á adquirir aquella temeridad feroz que produjo las inauditas proezas que llenaron de espanto al mundo. Molestados de continuo los españoles por tan temible vecindad, ensayaron varios medios para destruirlos; pero la ligereza que habian adquirido persiguiendo á las fieras de los bosques, y la facilidad con que en frágiles barquichuelos desaparecian de las costas, hicieron adoptar á los

Monumento erigido á la memoria de Balmes.

2009 Ministerio de Cultura

colonos medidas mas eficaces, entre ellas la de esterminar los toros salvajes en que libraban los corsarios su subsistencia y comercio. Lanzados estos de sus madrigueras por dicho medio, creyéronse por un momento perdidos; pero la aparicion de algunos piratas ingleses en aquellas aguas inspiróles nuevos alientos, y una mancomunidad de intereses, de ódio contra los españoles, y de insaciable sed de oro, acabó por unirlos, y formaron la terrible sociedad conocida con el nombre de *Hermanos de la costa*, célebre despues en la historia. De la palabra inglesa *feerbooters* con que se denominaban los piratas, llamáronse los asociados *filibusteros*.

Una parte considerable de aquella hermandad, compuesta de franceses é ingleses, tomó posesion de algunos islotes, de los cuales eran sucesivamente lanzados por los españoles que no les dejaban vagar, hasta que estrechados por todas partes se vieron en la precision de dividirse volviéndose los unos á su antigua profesion de corsarios, y refugiándose los otros en la Tortuga, insignificante isla inmediata á la de Santo Domingo.

De aquí parte el orígen de esta asociacion funesta que tantos tesoros y tanta sangre costó á España, porque solo contra españoles se dirigian sus mortíferos tiros: de allí surgió el plantel de aquellos osados aventureros que llevaron en el siglo XVI la asolacion y el espanto por los mares del Sur, y llenaron de asombro el mundo. El Olones, Picard, Morgan y otros de sus jefes mas temibles, á fuerza de arrojo y de hechos temerarios escitaron la admiracion de Europa hasta tal punto, que atrajeron á sus filas á varios caballeros franceses ávidos de peligrosas aventuras y deseosos de unir sus nombres á los de aquellos que se consideraba ya como otros tantos héroes. En efecto, si la existencia de un Roldan, de un Bernardo del Carpio, de un Ruiz Diaz de Vivar ha sido puesta en duda por algunos de nuestros historiadores antiguos por sus fabulosas proezas, ¿cuánto asombro no habian de causar las de aquellos hombres, que ademas de luchar contra centuplicados enemigos, tenian que habérselas con los indomables elementos, mientras que los suyos se reducian á sus armas y á la intrepidez feroz que les alentaba? Los filibusteros casi en cueros, tendidos á la sombra de una tienda improvisada con las velas del buque abordado por ellos la víspera, espiaban en la costa con calma la aparicion en las aguas que su vista dominaba de algun bastimento: si resultaba ser un bergantin de guerra, veian en aquel momento realizadas todas sus esperanzas, y solo ansiaban lanzarse á los mares derechos á él. Darle alcance, abordarle con 50 ó 60 de los suyos pistola en mano, cuchillo en cinto y fusil á la espalda, y asaltar los castillos, eran operaciones á cuya rapidez nada se resistia. Fuerza era pues que la tripulacion se entregase á unos hombres que despreciando la muerte, se burlaban de los peligros. ¡Cuántas veces se vió á un puñado de ellos al abordar un buque echar á pique sus frágiles lanchas, en las que momentos antes yacian hacinados, intimar la rendicion á una guarnicion numerosa y disciplinada, aplicando al mismo tiempo la mecha al depósito de municiones de guerra! *Defiéndete para que pueda matarte!* decia el temerario Montbars al comandante de un navio, encaramado en las vergas con una pistola en cada mano.

No carecen de originalidad las leyes y reglamentos por que se regia la pequeña república de filibusteros de la Tortuga, en donde se reunian todos despues de un *golpe de mano*. Citaremos como uno de sus rasgos mas característicos el sistema de recompensas para los que se mutilaban en campaña, con el que acudian á la falta de nuestros cuarteles de inválidos. Reducíase este á dotar á los heridos en cierta cantidad segun su categoría, es decir, con sujecion á la importancia del quebranto sufrido en su persona. Por la rotura de una pierna, por ejemplo, se abonarian al herido 600 pesos; por la de un brazo 200; si perdia un ojo, 100, y así sucesivamente. Pero lo mas admirable era la religiosidad que en la distribucion se observaba; pues cuando el herido fallecia se entregaba á su familia la parte que á aquel correspondia; y cuando no tenia parientes, se distribuia entre las iglesias para proporcionarle sufragios. Hecho el reparto, el filibustero, como el salteador de caminos en España, gastaba alegremente *su dinero* hasta quedarse sin blanca y en cueros como antes, y se disponia para nuevas empresas. Embriagados sin duda los filibusteros con sus asombrosos triunfos marítimos, intentaron probar fortuna en el continente, y se lanzaron sobre las mas florecientes islas. Desgraciadamente tenian la conciencia de su feroz arrojo, y fueron por mucho tiempo tan temibles por tierra como lo habian sido por mar. Díganlo si no Puerto-Príncipe y esa misma isla de Cuba que sigue aun hoy escitando la codicia de los sucesores indignos de aquellos temerarios piratas, cuyo arrojo, á pesar de la devastacion y el luto que sembraban por los mares, escitaba en todas las naciones tanta admiracion como desprecio prodigan en nuestros dias á sus ruines parodiadores. Díganlo aquellas dos poblaciones presas del osado Morgan que sacó de ellas un rico botin, como lo fueron mas tarde Guayaquil, Panamá y hasta el Perú. Esta série de hombres temibles terminó en el siglo XVI con el esforzado Drake, el cual convertido en filibustero en venganza de un descalabro que le causaron los españoles, llevó tambien el espanto hasta el Perú, sacando inmensas riquezas de Chile: este ilustre inglés, al cual tanto debe su pais, fué el primero de sus hijos que pasó el estrecho de Magallanes, y dando la vuelta al mundo trazó á la Inglaterra la senda que debia elevarla mas tarde al primer rango en el órden marítimo.

Las crecidas riquezas que sacaron los filibusteros de sus saqueos, que ascendian á algunos millones de pesos, debian satisfacer su insaciable sed de oro; pero tal vez á ellas debiera la desconfianza y las envidias que entre ellos surgieron y que terminaron con un rompimiento que separó á los franceses de los ingleses. Satisfecha su avaricia, renacieron con mas vigor los amortiguados ódios de nacion que debian dar al traste con la infame coalicion sostenida por la comun envidia que los triunfos de España en América dispertaban en todos los paises. Fuerza es tambien confesar que no contribuyó poco al desenlace de este terrible drama la activa persecucion que los españoles ejercieron contra los filibusteros en aquellas costas, en las cuales sellaron muchos de ellos con su sangre su heróico valor, oponiendo á su temeridad feroz, la impasibilidad y sangre fria que son el distintivo del carácter español en los momentos de peligro.

La existencia de aquellos bandoleros tocaba á su término. Los ingleses se dirigieron á los mares del Sur con algunos buques á proseguir sus fechorías, y los franceses se retiraron á una parte de la isla de Santo Domingo, empleando las riquezas que habian adquirido en su innoble profesion, en fomentar el cultivo de la caña de azúcar y el tabaco, echando así los cimientos de la posesion, que adquirió despues el gobierno francés, de la mitad de aquella isla tan rica como desgraciada.

Vamos á terminar estos apuntes, que han ido tomando bajo nuestra pluma mayores dimensiones de las que pensábamos concederles; pero ya que hemos echado una ligera ojeada retrospectiva á los filibusteros del siglo XVI, creemos conveniente decir algunas palabras acerca de los del siglo XIX. ¿Deben estos considerarse como herederos legítimos del temerario arrojo, del frio cálculo, de la tenacidad inaudita, del desprecio á la muerte y de la insaciable sed de oro que constituian el carácter distintivo de aquellos bandidos? Creemos que solo se parecen unos á otros en un rasgo prominente que á todos los distingue: en su codicia sin límites. Pero ¿cuentan con los demás elementos de que dispusieron estos para satisfacerla? Reciente está aun la tentativa hecha por los flamantes filibusteros contra la isla de Cuba: fresca está aun la sangre que aquellos desgraciados vertieron en expiacion de la mas loca de las tentativas, y quiera el cielo que sirva de escarmiento aquel sangriento fracaso para el porvenir. La época de los *filibusteros* pasó ya para América, como pasó para la Italia la de los *condottieri*. Unos y otros nacieron de las circunstancias especiales en que se hallaban aquellos paises: unos y otros, favorecidos por los mismos elementos que los agruparon, los alentaron y protegieron, llegaron á engrandecerse, difundiendo por do quier el espanto y á formar una institucion, por mas innoble y perversa que fuese, cuyos servicios compensaron mas de una vez los vacilantes gobiernos que no habian tenido bastante buena fé ó bastante firmeza para destruirlos en su orígen. En el siglo XIX semejantes bandas armadas para saquear ó conquistar á un país civilizado, son un anacronismo; mas que anacronismo, son una barbarie que todas las naciones cultas anatematizan y deploran. Si este sentimiento de lo justo no bastase á tranquilizarnos respecto á la suerte futura de nuestras posesiones de Ultramar, la calidad de enemigos con que aquellas cuentan en el dia, y el denuedo de las fieles tropas á cuyas armas ha confiado la Reina su custodia, serian para nosotros prenda segura de su conservacion. Felizmente los Morgan, Picard, Escudero y Drake murieron sin descendencia; y aun cuando la hubiesen dejado, nos hallarian siempre mas prevenidos que lo estuvieron nuestros antepasados. ¿Habremos de prestar, por último, alguna atencion á los arranques patrióticos de la Jóven América, y á las miras de que se supone animado Mr. Soulé al venir á Madrid á representar la república de los Estados-Unidos? Tan ridículas creeríamos las vias de que los anexionistas querian valerse para conseguir su objeto, tratándose del pueblo español, como los temores manifestados por una parte de la prensa madrileña de que aquel se realizase.

J. Tora.

DISCURSO

LEIDO EN JUNTA PÚBLICA CELEBRADA EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE CÁDIZ, PARA REPARTIR LOS PREMIOS Á LOS ALUMNOS DE SU ESCUELA, POR D. ADOLFO DE CASTRO, ACADÉMICO DE NÚMERO.

Señores:

Por tercera vez se oye resonar mi acento en los ámbitos de esta Academia, al verificarse el solemne acto de la reparticion de premios á los alumnos de la Escuela Gaditana: por tercera vez debo esperar la indulgencia de este ilustre cuerpo, donde tantas personas hay que pudieran con voz grandilocuente dirigir á la juventud estudiosa palabras mas eficaces que las mias: por tercera vez acato, en fin, las órdenes de nuestro digno presidente, si bien con el temor de no corresponder á su confianza ni á sus altos merecimientos.

Aficionado, casi desde los primeros años de mi vida, al estudio de las buenas letras, y admirador de las nobilísimas artes, nada creo que pueda haber mas conforme á mis ideas que el recuerdo de la generosa hermandad que siempre ha existido entre unas y otras.

Grecia, orígen de todo lo grande, nos ofrece de esta verdad repetidos y venerables ejemplos. Ulises, peregrina por tierras y por mares, venciendo los hados con su valor y prudencia; préstase Ifigencia al sacrificio propio por la paz de su patria; tiñe Orestes su vencedor acero en la sangre de los infandos asesinos de Agamenon. Las letras y las artes compiten en retratar sucesos tan estraños, para honra perpétua de sus autores y para asombro de las gentes; Polignoto, Tasio y Timantes con sus pinceles: con sus plumas Homero, Sófocles y Eurípides.

El poder de unas y otras siempre ha sido omnímodo. Las letras trocaban en dioses á los humanos, y las artes en humanos á los dioses. La sublimidad mas esquisita prestaba alas á los ingenios para atreverse á todo. Si Homero divinizaba á Aquiles, Fidias hacia que desde el Olimpo descendiesen á los labrados mármoles los rostros de Júpiter y de Minerva, así como Praxiteles el de la hermosa madre de los amores.

Horacio autorizó en su *Poética* el poder para fingir, que el consentimiento popular habia siempre reconocido en pintores y poetas. De este modo el mas grande de los preceptistas dió su sancion á la hermandad de las letras y las artes.

Yo, señores, las considero en algunos casos tan estrechamente unidas, que las unas sin las otras me parecen ó almas sin cuerpos ó cuerpos sin almas. Bien sé que las letras podrán retratar con vivísimos colores el semblante y los afectos, como Séneca retrató á Caton, cuando Caton por resistir á una injusta ley fué arrebatado del tribunal, rotas las vestiduras, y cubierto con los ultrajes de una plebe feroz, indigna de la libertad romana. Bien sé que las artes nos trasladarán en mármoles ó tablas la imágen de los héroes de la virtud ó de los héroes de la guerra; pero siempre querré ver, al lado del retrato que hicieren las letras, uno que junte al perfecto dibujo de Van-Dick la brillante espresion que anima las obras del Velazquez inglés de nuestro siglo, del célebre Tomás Lawrencé: siempre al lado de la estátua de un Trajano querré ver el panegírico de un Plinio.

Tú, poeta, descríbeme en tu *Farsalia* un soldado que en una batalla de mar muera sobre las olas, brotando torrentes de sangre por las bocas de muchas heridas: tú, historiador, píntame á Lucano con la cara hipocrática, con las venas abiertas en un baño de calientes aguas, recordando los versos con que describió en su poema la muerte de aquel soldado, presagio infeliz de la suya propia: tú, artista, traslada lo que el historiador diga, lo que el poeta cante; que yo, al leer la pintura, anhelaré al presencia de la tabla, del mármol ó del bronce: que yo, al ver el bronce, el mármol ó la tabla, anhelaré la presencia de la pintura escrita.

Al contemplar la primera, seré como el ciego que no comprende con tanta perfeccion lo que por el sentido de la vista no puede penetrar en su alma: al contemplar los segundos seré como el sordo-mudo que no logra entender enteramente lo que á sus ojos asombrados se presenta.

Si quereis que comprenda toda la admirable sublimidad de Virgilio, al pintar en su poema la desesperada muerte de Laocoonte por las dos bravas sierpes que rodearon su cuerpo, á pesar de su firme y vana resistencia, dejadme admirar el grupo del valiente artista griego: si quereis que mi razon alcance todo lo que significan el tétrico semblante de la estátua de Germánico y la diestra donde la copa estuvo que contenia el veneno abrasador de sus entrañas, no alejeis de mi presencia los horrendos anales de Tácito, ni procureis ocultarme las páginas que encierran el trágico fin de aquel virtuoso caudillo y la maldad de Tiberio.

Las artes y las letras siguen enlazadas en la declinacion del poderío romano. Las fábricas bizantinas no tienen mas valor seguramente que las obras de Boecio, Triboniano y Casiodoro. No espereis ver en las unas y en las otras el fino gusto de los antiguos griegos, la ingeniosa y correcta imitacion de los romanos de la república y de los primitivos tiempos de los emperadores.

La arquitectura ojival con su sombría magnificencia declara al mundo que las artes no estaban proscritas de la haz de la tierra; pero á poder quebrantar Fidias y Apeles sus urnas cinerarias tornando á nueva vida, jamás hubieran querido reconocer, como hijos del arte, las estátuas y pinturas que ostentaban aquellos majestuosos templos. Quizá el mismo Vitrubio, sin razon alguna y atento solo á la severidad de los órdenes antiguos, no hubiera querido tampoco ver en tan soberbias fábricas la mano de los grandes artistas, sino las de los primorosos artífices.

La misma suntuosidad de la arquitectura ojival era llevada ó los códices. No resplandecian en las obras las doctrinas filosóficas de un Séneca ó de un Epícteto; no la elegante narativa de un Salustio; no la sentenciosa concision de un Tácito. Rudos los autores, sus escritos retrataban fielmente la rudeza de los entendimientos. Las artes prestaban sus atavíos á las letras; y así las miniaturas engalanaban las moles de los pergaminos con tan firmes colores cuan firmes eran las fábricas que se erigian.

La noche de la edad media va á esconderse en los desiertos. La luz comienza á venir del Oriente. Las armas mahometanas ponen en dispersion por el mundo las letras y las artes de los griegos, y el sol de la inteligencia derrama ya sus vivificadores rayos en la conmovida Europa. Las mismas armas cristianas contribuyen á regenerar los entendimientos. La ambicion, las guerras, los tumultos, las persecuciones, llevan desde el Guadalquivir y el Tajo al Pó y al Tiber á los que mas tarde han de traer las ciencias á su patria. Las artes, desde los fértiles campos de Florencia, se encaminan á los pantanos de Holanda: de las lagunas venecianas salen ingenios para admirar á Roma. La imprenta difunde la sabiduría, y proclama la libertad del raciocinio: el grabado comunica á remotas tierras las grandes creaciones de los artistas, las imágenes de los varones dignos de memoria.

Español yo, y dirigiéndome á una Academia española tambien, solo debo tratar de la hermandad de las letras y las artes en España, después de su feliz renacimiento, cuando cantaba Garcilaso la flor de Gnido y el dulce lamentar de dos pastores con acento igual, si no superior, al de Teócrito y de Virgilio.

Traslada Andrés Laguna en lengua castellana los libros de Dioscórides, y el primero de todos, en auxilio de las ciencias, llama á las artes para que los diseños de las plantas que describe, se difundan de nacion en nacion, de pueblo en pueblo.

Don Felipe de Guevara, gentil-hombre de Carlos V, ilustra á su patria con las obras de sus pinceles, con sus comentarios de la pintura entre griegos y romanos. Don Fernando de Acuña halla otro Holbein que, como al elogio de la locura de Erasmo, adorne con sus dibujos el poema filosófico y caballeresco de Olivier de la Marche. Gutierre de Cetina, el tiernísimo cantor de los *claros ojos serenos* de la ingrata Dorida, por *su dulce mirar alabados*, ostenta su aficion á las artes entre el estruendo de las armas, que conturbaban con su furor las campañas de los Paises-Bajos. No creais que al escribir al famoso embajador en Venecia por Carlos V, á don Diego Hurtado de Mendoza, le pida su proteccion para alcanzar honores y riquezas. «Yo lo que mas deseo (le dice) es poseer un cuadro del Ticiano: un cuadro que represente la primavera con todas sus galas, con todos sus atractivos.»

El reinado de Felipe II aparece ya á nuestra vista: en él traza Juan de Herrera el suntuoso y tétrico monasterio del Escorial: en él Arias Montano, tan célebre por su sabiduría, tan admirador del mérito esclarecido del pintor Villegas, consigue atesorar dentro de los muros de este edificio las obras mas insignes que encuentra por Europa: en él Fray José de Sigüenza enumera con sus palabras elocuentes las maravillas que la octava del mundo guarda así en letras como en artes.

Pasemos, señores, con rápido vuelo por las memorias de este y de los otros siglos; imitemos en ligereza al tiempo, con la diferencia de procurar conservarlas á procurar destruirlas.

Las artes se ven amenazadas. El fisco les quiere imponer tributos. ¡Tributos á las artes! á las artes que consigo llevaban la nobleza! Domínico Greco, aquel émulo sin emulacion del Ticiano, con quien sus obras á su pesar llegaban á confundirse, defiende en juicio contradictorio lo noble de las artes. Sus hermanas las letras no las dejan en el abandono, cuando mas necesitaban sus poderosos auxilios. Gutierrez de los Rios proclama en un libro la liberalidad del arte; Juan de Butron no tarda en seguir su ejemplo.

Pero el fisco no retrocede ante estas contradicciones que le presentan las armas del raciocinio, la autoridad de los sábios, la grandeza de las defensoras y las defendidas. Vicente Carducci y Angelo Nardi, pintores famosos, toman de nuevo la defensa por las artes. ¿Quién es el primero que informa ante el tribunal en favor de ellas? Miradlo. Es un anciano, venerable en el aspecto: la cruz blanca de la órden de San Juan resplandece en sus hábitos sacerdotales: su rostro ennegrecido desde su juventud por los soles y las tempestades del mar: sus cabellos y bigote émulos de la nieve: en sus ojos brilla la lumbre del génio que los años no han podido consumir: su tez empero marchita,

2009 Ministerio de Cultura

su frente despejada, todo respirando la grandeza de su espíritu: todo la bondad de su corazon. Es el poeta mas poeta que han inspirado las musas españolas, el fundador de nuestra escena, *el fénix de los ingenios, el mónstruo de naturaleza*, Lope Félix de Vega Carpio, en fin, pintor sublime tambien, si no con los pinceles, con los admirables rasgos de su pluma.

El maestro José de Valdivielso, el licenciado Antonio de Leon, don Lorenzo Vander-Hamen, don Juan de Jáuregui y otros literatos no menos insignes, siguen como informantes los pasos del gran Lope de Vega. La victoria dió su laurel á las artes, protegidas por el escudo de la justicia. ¿Qué mucho, si tan elocuentes voces resonaron en defensa de la mas ilustre de las causas?

Cincuenta años después no falta quien ose renovar la antigua querella con imaginarios pretestos. Las artes estan en peligro de perder desdichadamente sus exenciones y nobleza: enemigos poderosos las amenazan: la envidia contra muchos que las ejercitan, ya se sonrie, lisonjeada con los pronósticos del triunfo; pero todo en vano. La poesía levanta nuevamente su vencedora y mágica voz en el autor esclarecido de *La vida es sueño*, de *El gran teatro del mundo*, de *La cena de Baltasar* y de tantas obras dramáticas, objetos hoy de la admiracion de la docta Alemania, de la pensadora Inglaterra. Hablo del sucesor del gran Lope de Vega en la monarquía teatral de España, del ilustre don Pedro Calderon de la Barca, *gloria y delicia de los pátrios lares*, segun un sublime poeta de nuestros tiempos.

No penseis, señores, que podrá el entendimiento recorrer la historia literaria de España sin hallar vestigios de las artes: no imagineis recorrer la historia artística de nuestra patria sin encontrar vestigios del influjo de las letras. ¿Cómo traer á la memoria los nombres del conde de Villamediana, del príncipe de Esquilache y de don Francisco de Quevedo, sin recordar la aficion de estos famosísimos escritores á las artes? ¿Cómo pasar en silencio á don Juan de Jáuregui, que en Roma con igual felicidad lo mismo se atrevia á trasladar al lienzo las obras de Guido Reni que á la lengua castellana el dulce y melancólico *Aminta* del cantor de Godofredo y de Reinaldo? ¿Cómo condenar á injusto olvido á Pablo de Céspedes, insigne así en las tres nobles artes como en las ciencias divinas y humanas? ¿Cómo no celebrar los fragmentos de su poema de la pintura? ¿Cómo no á Juan de Arfe por su *varia conmesuracion del cuerpo humano*? ¿Cómo no á Miguel de Urrea por su version de los libros de Vitrubio? ¿Cómo no á Pedro de Onderiz por la de la perspectiva de Euclides? ¿Cómo no á García Hidalgo por sus principios de la pintura? ¿Cómo no á tantos otros que antes y después contribuyeron á la perfeccion de los artistas españoles?

Si nuestra imaginacion nos conduce á las encantadoras márgenes del Turia ó del Guadalquivir, en todas partes veremos rastros ejemplares de la cariñosa hermandad de estas hijas de la inteligencia. Juan de Ribalta perpetúa en los lienzos las imágenes, ya de Juan Luis Vives, precursor de Bacon en combatir el escolasticismo, ya del famoso don Guillen de Castro, cuyas *Mocedades del Cid* envidia y copia luego el gran Corneille; ya de otros escritores que el aura primera que respiraron fué la embalsamada por los azahares de Valencia. Francisco Pacheco, que da á la pintura española un *Arte*, acompaña sus preceptos con sus obras. En su casa ve la morisca Sevilla, madre de poetas pintores y de pintores poetas, academia de ciencias, academia de artes. Rioja, el que inmortalizó en sus cantos las ruinas de Itálica; el sábio maestro Medina, el grandilocuente Arguijo, prestan los auxilios de sus ingenios poderosos á Pacheco para vencer las dificultades del arte. Pacheco á Arguijo, al maestro Medina y al mismo Francisco de Rioja, presta tambien los suyos para vencer los de las letras. No es el último que orna con flores, salpicadas con sus lágrimas, la tumba del ingenioso Montalvan. Para enseñar á su yerno Velazquez pone el cielo el pincel en sus manos: para cantar sus glorias no le niega la pluma.

Al morir el cisne *divino* del divino Betis, Céspedes cede á Pacheco el lauro de eternizar el semblante de su amigo; y en sonoros versos pinta á la reina del amor y la hermosura, después de abandonar en su carro de oro los mares, surcando las auras de Andalucía por entre una niebla trasparente, y repitiendo en voz dolorida el nombre de Fernando de Herrera, de Fernando de Herrera, cuyas obras en vano el injurioso desden de sus contemporáneos pretende entregar al olvido. Pacheco las cubre con el manto de su inmortalidad, dándolas á la estampa con la imágen de su autor insigne, aquel que *osó y temió*, pero en quien *pudo mas la osadía* para gloria de las letras españolas.

Si la muerte se apodera de los grandes hombres, no temais que su triunfo sea completo. Para que vivan con nosotros por medio de la noticia de sus costumbres, no faltará un Cea Bermudez, y á mas de un Cean Bermudez, un Stirling. Para que sus rostros, á pesar de la muerte, permanezcan, sobrarán Pachecos y Jáureguis que retraten á los Cervantes; Antonios de Herrera que perpetuen los bustos de los Lopes, y un fray Luis de Leon que estudie sin maestro la pintura, y legue á la posteridad su semblante trazado con la misma mano que escribia el elogio de la *descansada vida de los que huyen el mundanal ruido*.

Si las vencedoras armas españolas piden á las artes que les ofrezcan el traslado de sus hechos, y á la poesía que las engalanen con laureles, Caxesi pintará la defensa de Cádiz por Giron: Velazquez la rendicion de Breda por Espínola, así como don Rodrigo de Herrera y don Pedro Calderon de la Barca presentarán entrambas victorias en la escena, al son de los aplausos del pueblo, que poseido de entusiasmo no advertirá que asedios de ciudades ni han sido ni pueden ser asuntos verdaderamente dramáticos.

Si de las letras y las artes se enseñorea el mal gusto, Solís intenta preservarse de las aberraciones de los discípulos de Góngora: Coello procura aparecer inmune de los delirios de Lucas Jordan.

Mas tarde, si veis pugnar á Maella y á Goya porque á su grandeza antigua torne la pintura, no olvideis que el conde de Torre-Palma, Luzan, Montiano, García de la Huerta, entrambos Iriartes, y después Jovellanos, Melendez, Clemencin, Rejon de Silva, Navarrete, Marchena y tantos nombres caros á las Musas, son los primeros en proclamar la union de las letras y de las artes en España.

Cuando contempleis alguna de las obras del pintor filósofo Mengs, el nombre de Azara ocupará vuestra memoria: cuando recordeis los hechos del sábio estadista Azara, no será el nombre de Mengs el último que ocupará vuestro pensamiento.

Al llegar aquí, señores, no puedo menos de confesar que el asunto es ya superior á mis fuerzas. Me ha acontecido lo que al viajero engañado con las distancias. Imagina fácil el pequeño monte adonde desde lejos dirige sus pasos. Cuando se acerca y está casi á punto de pisar su falda, se deshace el engaño, y aparece á sus ojos convertido el monte en una sierra de subida áspera; y aun mas que áspera, inaccesible.

Todavía, señores, recogiendo mis fuerzas, podré dar un paso mas, á riesgo de parecer temerario. A vosotros, jóvenes que formais la esperanza de esta Academia, lo encamino. Si quereis ser grandes y honrar á vuestra patria con obras que aplauda el orbe, despreciad como si naciesen de enemigos las lisonjas del amor propio y las de la ajena ignorancia que siempre califica de sublime todo cuanto mira en comparacion de su pequeñez y de su impotencia. No imagineis vuestras obras capaces ya de competir con las de Rafael y del Ticiano solo por haber medianamente copiado dos ó tres lienzos de Zurbaran; solo por haber con igual medianía modelado en yeso el busto de Arístides ó la estátua del Apolino. Ni menos aparteis de la memoria que Murillo, el príncipe de la escuela sevillana, debió toda su grandeza al estudio de las pinturas de Van-Dick, de Rivera y de Velazquez, así como Miguel Angel toda la suya al constante estudio de las ciencias, sin las cuales, segun su propio dicho, ninguno puede ser eminente artista.

El mismo Miguel Angel, que poseia todos los conocimientos de los antiguos, y cuya capacidad intelectual aun nos llena de asombro, casi al terminar el *Juicio final*, aquel fresco que no han podido oscurecer las obras del mismo asunto debidas á Signorelli y Rubens, se lamentaba con sus amigos, *reconociendo contra sí no haberse prevenido de suficientes estudios* para tan portentosa empresa.

Don Diego Hurtado de Mendoza, la gran figura histórica de la España del siglo de Carlos V, el embajador sabio, ingenioso y enérgico que admiró Venecia, que admiró Roma, que admiró el concilio de Trento, y el que nos legó, en fin, una de las mas ricas joyas de la literatura en su libro de la *Guerra de Granada*, se condolia, agobiado por la vejez, de haber aprendido tan poco en las obras de los grandes autores. El buen anciano, temeroso de no haber hecho lo bastante para conseguir fama eterna, suplicaba á Gerónimo de Zurita que lo citase en sus anales de Aragon, anhelando de este modo salvar del olvido su nombre.

Estos dos sublimes ejemplos, que nos ofrece la historia de las letras y de las artes, mucho dirán á vuestra razon: mucho, si desgraciadamente hay entre vosotros quienes abriguen el insensato error, tan comun en este siglo, de creer que el genio solo da la ciencia, ó que la ciencia no puede despertar el genio.

Así alcanzaron aquellos grandes hombres la inmortalidad: así para gloria de vuestra patria podeis igualmente conseguirla.

No temais que el laurel con que las musas han coronado las sienes de tantos ingenios, haya perdido sus brillantes hojas, y nada tenga que ofrecer á la juventud estudiosa de nuestro siglo. Todavía se multiplican sus esplendentes renuevos: todavía para los que fueren dignos de la inmortalidad tiende en los aires sus imperecederas ramas de oro.—He dicho.

Cádiz 4 de diciembre de 1853.

ADOLFO DE CASTRO.

MINA DE MERCURIO DE IDRIA

EN LOS ESTADOS AUSTRIACOS.

(Conclusion.)

El mineral mas rico es el mercurio sulfúreo en masa, y se divide en dos variedades principales; una de color entre roja y parda en su superficie, como la hernia del fierro, con una rotura azulada; y otra que es tambien rica y mucho mas brillante. Nótanse tambien, aunque rara vez, las variedades siguientes: 1.° mercurio sulfúreo cristalizado que presenta rudimentos octáedros, y solo existe por átomos: 2.° mercurio sulfúreo de color de ladrillo: 3.° cinabrio hepático en pequeñas venas de color rojo brillante, que frotándolo esparce un olor de hidrógeno sulfúreo; 4.° mercurio sulfúreo bituminoso, negro y del peso un tanto mas que del agua.

Los peñascos á que está pegado el mineral son: calcáreo en masas ó en pequeñas madres; eschita parda argilosa de hojas onduladas, y eschita negra luciente. Todas ellas afectan la disposicion de las madres redondeándolas, y encierran bastante cinabrio casi imperceptible, jaspeado en pequeños hilos. En algunos puntos de la mina los peñascos, lo mismo del mineral mas rico, cobijan tambien conchas fósiles, comprimidas ó quebradas, y se llaman duviátiles. Algunas de ellas son casi microscópicas.

En la ciudad está la entrada de la mina, precedida de un edificio bastante espacioso, donde se juntan los obreros, hacen sus rogativas y reciben sus herramientas y alumbrado. Una larga galería se estiende por detrás del edificio, y á su estremidad se halla una capilla decente y sumamente sencilla. Penétrase hasta mitad de la mina por unos doce escalones, es decir, cerca de 120 metros; al resto del subterráneo se baja por escaleras de caracol de madera. Las galerías de los diferentes pisos son de piedra, y su forma es de arcadas elípticas: en varias de ellas las bóvedas presentan claves, fajas ó círculos de ladrillo para sostener su peso.

En tres secciones se dividen los mineros. Al mediodia empieza el servicio de la primera, y concluye á las ocho de la tarde: la segunda trabaja desde las ocho hasta las cuatro de la mañana; y desde esta hora la tercera hasta las doce del dia, De suerte que el jornal es de ocho horas; y el obrero dispone del resto del dia para cultivar algun pedazo de tierra si lo tiene, ó para ocuparse en cualquiera otra labor.

No pueden los mineros aguantar mucho tiempo debajo de tierra. Talleres hay que, bien sea por la elevacion de su temperatura, bien por las emanaciones metalíferas, no permiten sufrir en ellos mas allá de dos horas; y los obreros alternan sin cesar. Aun con esta precaucion, muchas veces el sistema nervioso de los trabajadores se resiente, y les acomete un ataque tan repentino que á varios de ellos los sacan de la mina porque acaba en temblor convulsivo de todo su cuerpo. Sucede esto sobre todo al deshollinar los hornos, y los síntomas de semejantes accidentes se dejan conocer por una escesiva salivacion. Algunas veces se hace incurable el temblor y se jubila el jornalero, y percibe desde entonces una pension.

En la estraccion se ocupa solo una tercera parte de brazos, y dos tercios en busca de partes estériles. Necesario es este gasto para no agotar los recursos de la mina, y para que siga esplotándose con prosperidad. A su infatigable perseverancia se atribuye la duracion de las minas de Alemania, y su superioridad á las de Francia y España; donde (sea dicho de paso) los especuladores se apresuran á agotar las partes ó venas ricas, y abandonan el resto, que mejor esplotado proporcionaria después nuevos tesoros.

La parte mas rica de la mina ocupa las regiones intermedias, pero se guardan de gastarla mucho, y esplotan con mas actividad los niveles inferiores. Nótase en esta última region una masa calcárea de forma prismática triangular, y de 100 á 120 metros de largo, con una elevacion de cerca de 50, colocada en uno de sus ángulos, é inclinada al fondo de los trabajos: guarnece sus fachadas laterales un mineral mas ó menos rico y ventajosamente beneficiado. Este enorme prisma se confunde por sus estremidades y su fachada superior con los terrenos que le rodean, y parece que pertenecen á una sola formacion.

En algunos talleres está el calor de 20 á 28 grados, y se desarrolla cuanto mas rica es la region. Ninguna corriente sensible tiene el aire, ni lo altera gas ninguno deslastrado. No hay allí tampoco nunca mefitismo ni privacion súbita de la respiracion. Perfectamente secos estan siempre los talleres y masa mineral; porque hay caños adonde van á parar las aguas hasta entrar en los pozos, de los cuales se estrae continuamente por medio de máquinas. Solo en estos pozos se siente humedad, y alguna tambien en las galerías superiores, porque el aire de fuera humedece sus paredes.

Esta sequedad y calor causan á veces funestos accidentes. En 1803 estalló en las pilas de madera un incendio, que solo se logró apagar con una submersion, llevando á la mina aguas del riachuelo Nicova; incendio que dió muerte á infinitas personas, y trastornó el establecimiento de suerte que no se pudo trabajar hasta seis meses después de estraordinarios esfuerzos.

De 40 á 50,000 libras de mercurio por mes dan generalmente los hornos de Idria, que hacen al año de 5 á 600,000 libras, cuya tercera parte, poco mas ó menos, se convierte en cinabrio y bermellon, sublimado dulce y corrosivo, y en precipitado arrebol. Perfectamente trabajan allí estas preparaciones: el bermellon es tan bueno como el de la China y mejor que el de Holanda.

Durante el último siglo, apenas producia Idria 2 ó 300,000 libras por año. En 1785 se obligó la corte imperial, por un tratado, á dar á España un millon y mas libras de mercurio todos los años, para beneficiar sus minas de Méjico y del Perú. Si el tratado hubiera seguido, es probable que á estas horas estuviera agotada la mina de Idria; porque de ningun modo puede dar tan enorme cantidad, no violentando su esplotacion.

W. FRANCK.

LA AUSTRALIA.

Dos grabados de esta nueva parte del mundo estampamos hoy en LA ILUSTRACION, que representan la rica vejetacion de esta tierra vírgen, en la cual apenas la civilizacion ha marcado sus primeras huellas.

MI PRIMER VUELO A LA CORTE,

ó

AVENTURAS DE UN POLLO DE ALDEA.

NOVELA

POR DON FIDEL GARCIA LOMAS.

(Continuacion.)

Poco me costó hacerle hablar. Los criados, y los lacayos sobre todos, son habladores natos y chismosos de profesion. Gente que no tiene precio para los amantes.

—¿Desde cuándo, dije á Juanelo, está Vd. en esta casa?

—Hace muy poco, señorito. (Ya se conocia.) Víneme llamadu hará tres mesis por Mingu Arias. Quiero decirle que por Domingo el que va con la siñora. Antes lu llamaban Mingu, pero ahora... Oh ese hizo gran suerti! Ya lu ve Vd. Es todo un caballeru. Gasta fraquis, levitas y gaban cuandu quiere. Na le falta.

—¿Cómo así? dije yo.

Pus... nada, replicó Juanelo. El vínose á la corte hará tres añus. Mitiéronle para cuidar los caballus. Era un moceton guapazu, eso sí; fornidu y docilote. Petóle á la señora grandi... y lo demás es un misteriu.

Tambien para mí lo eran estas palabras entonces; así que no me fijé en su significacion. Lo mismo era en todo. Tenia, como dicen las sagradas letras, ojos y no veia, oidos y no oia. Lo cual, en lenguaje profano, quiere decir que estaba enamorado.

—Pus sí, continuó Juanelo. Es mucha suerti la de Mingu, digo Domingo. Al pasu que lleva hemus de verli tudavia de mayordomu de la casa. Es jefe de toda la servidumbri ya...

Ni por esas comprendí yo. En esto entrábamos por la puerta de la casa del conde del Haya. Daban las doce, y yo, á no ser por el amor, hubiérame dormido; pero en cambio estaba aturdido. Subíamos, y un murmullo confuso y sordo que empezamos á sentir desde la escalera, nos reveló la mucha gente que debia haber en los salones. Efectivamente; aunque no lleno, habia bastante en el de entrada. Como era la primera vez que veia una reunion de esta clase en Madrid, quedé desde el principio deslumbrado por el lujo de la sala, el brillo de las luces, y la variedad y elegancia de los trajes. A la media hora estaba ya mareado. No sabia lo que por mí pasaba, y estuvo en poco que me cayera redondo. Salí de la sala y me puse á una ventana: la brisa de la noche refrescó un poco mi acalorada cabeza, y me serené. Volví al baile. A padecer no mas.

Llevaba intencion de bailar con Teodorinda, pero no pude lograrlo; es decir, no me atreví. Estaba tan entretenida, la tenian tan ocupada, que cómo yo, jóven oscuro, habia de atreverme á pasar por entre tanto señorito elegante que la hacia la corte desde que entró? Y no era esta privacion mi únic

2009 Ministerio de Cultura

Aldeanos rusos jugando á los dados.—Cuadro de A. Ivons.

tormento; no. Pensaba yo que entre tantos adoradores, cuya superioridad al parecer y á mi pesar reconocia, no faltaria uno afortunado, dichoso ya, con el amor de tan linda mujer. Esta idea me persiguió toda la noche, y me hizo estar en brasas durante el baile. Ojalá, me decia, no hubiera venido. No: para no ver desgajadas de un golpe mis ilusiones todas. Padecia mucho seguramente; y para colmo de mi dolor, todos á mi lado se divertian al parecer. Hasta Teodorinda! Teodorinda mas que todos. Estaba tan risueña, tan habladora, tan gestera!... Rabia me daba verla. Pero era tan bella! y luego, ya se ve, tendria allí su corresponsal... Esta idea me sacaba de quicio... Estaba furioso...

Rico tambien se divertia. ¿Pues no? Llamóme la atencion verle rodeado de vaporosas niñas; meloso él, y ellas... gran Dios! ellas con sus gracias, con sus tiernos abriles, tan zalameras, tan coquetonas con un viejo barnizado de verde. Este contraste me chocó: figurábaseme ver unas cuantas mariposas revolotear sobre una pera podrida. Y no podia esplicarme, por lo tocante á las niñas, inclinacion tan estra-natural. ¿Y las mamás?... Oh! las mamás hacíanle monaditas; pero él las despreciaba. Rico era *rico*: y con el tiempo lo comprendí todo.

Doña Lorenza por su parte no perdia el tiempo. Hablaba, reia, gesticulaba, se abanicaba y sudaba, todo á la vez. Multiplicábase para atender á varios jóvenes que á su lado estaban. Por lo que pude colegir entre estos, la mayor parte eran enamorados de segunda estofa, que queriendo á Teodorinda y no atreviéndose á decírselo á ella misma, preparaban el campo camelando á la tia, para que fuese de rechazo á la sobrina. Jugaban por tabla. Y perdian el tiempo, porque no siendo las barandas de la mesa de goma, absorbian la fuerza de la bola. Doña Lorenza se tragaba por cuenta propia cuanto decian.

Otros eran jóvenes imberbes, tiernos pollos, ¡gran bocado para las viejas! que empezaban á revolotear, y antes de lanzarse de lleno á cruzar los amorosos espacios, en compañía de voladoras palomas, hacian sus ensayos con la primer ave que se les presentaba, aunque fuera una gallina vieja. Agarrábanse de la primera sonrisa, y las viejas son muy risueñas.

Punto al Oriente del monte Hope en las márgenes del rio Yarrayne, en la Australia feliz.

En resúmen; todos, escepto yo, gozaban en apariencia, y esto me entristecia mas. ¡Qué larga se me hizo la noche! Y sin embargo, no hubiera salido de aquella casa dejando en ella á Teodorinda.

Cansado de tanto ruido y siguiendo la direccion de varias personas, me dirigí á otra sala. Era la de juego. Juego lícito, segun pude colegir; pero habiendo pasado una puerta mas, observé en el retrete pequeño donde me introduje á una porcion de personas agrupadas en torno de una sola mesa. Sobre el tapete mucho oro, muchos billetes, y en las fisonomías mucha codicia. Allí se hablaba poco y con interjecciones solo. El silencio aquel, periódico, me imponia mas aun. Pero lo que me admiró sobre todo fué la vista de algunas señoras, aun delicadas señoritas, haciendo tambien su papel en aquella violenta escena.

Un hombre llamó mi atencion particularmente.

Aparentaba tener sobre treinta y cinco años. Era alto mas bien que bajo. Todos los rasgos de su fisonomía denotaban dureza de carácter. Sus ojos, de un pardo negruzco, de penetrante mirada; sus cejas espesas y negras; su ancho, áspero y retorcido bigote; la sombra dibujada en su espesa barba; sus cabellos erizados aunque cortos; todo, en fin, en aquel rostro revelaba energía, y la mirada en particular era violenta, imponente. Sus maneras no desdecian del aspecto de la persona. Jugaba fuerte y juraba en seco, no obstante las damas sembradas entre la reunion. Bien que no debia asustarse de una palabra la que tomaba parte en aquella escena. Esta reflexion, como todas, (téngase en cuenta para lo sucesivo) la hice yo después que habian pasado los acontecimientos de esta historia.

Sin esplicarme el motivo, impúsome la vista de este personaje, y casi casi le tenia miedo sin haberle hablado. Era un presentimiento de mi corazon, y el corazon no engaña. Llamábanle el comandante Recio. Acababa de perder una importante jugada, y de arrojar sapos y culebras por aquella boca. Estaba feroz; tanto, que sin poder contenerme volví la vista. En esto me encontré—oh sorpresa!—nada menos que con Teodorinda que tambien entraba en aquel retrete. No me vió, y pasó de largo. No podia creerlo. Y no lo habia visto todo! Pasó,

2009 Ministerio de Cultura

y confundióse entre la multitud. Seguíla con la vista; y cuál seria mi sorpresa al verla hablando aparte con Recio. Un hombre tan atroz con una mujer tan bella!

—¿No vienes? decia ella.

—Luego, contestó ásperamente. Estoy perdiendo.

—Juega esto por mí, añadió Teodorinda, y deslizó su mano entre las del otro, no sé con qué.—Y no tardes; y desapareció.

Lo propio hice yo, sin saber lo que me pasaba. Estaba medio loco.

¿Qué relacion habrá, me decia, entre Recio y Teodorinda, puesto que hay tal intimidad? ¿A qué vendrá ella á estos sitios?

Con este nuevo descubrimiento creció mi dolor, y mi cariño aumentóse. Lo que en otra mujer me hubiera parecido un crímen, atribuíalo en Teodorinda á una nueva prenda: lo que en otra rareza, en ella superioridad. Y tanto me dejé llevar de mi amor; tan grande fué el trastorno producido por su causa en mis ideas, que las cualidades que en las demás mujeres constituyen su mérito principal, la modestia, el pudor, la timidez etc., me parecian una cosa muy vulgar solo porque esta no poseia ninguna. Pero á tal degeneracion llegué mas tarde. Apúntolo ahora, porque no se estrañe cómo á medida que veia nuevas estravagancias en aquella mujer, iba mi amor en crecimiento. Era muy hermosa, exaltada mi fantasía, y vírgen mi corazon. Esto lo esplica todo.

Llegó la hora de salir del baile. En toda la noche habia apenas abandonado las antesalas, y una hora antes de marchar hallábame esperando cerca de la escalera. Por esta vez, decia, no me la lleva Rico del brazo como á la venida. Yo estaba entre los dos lacayos, Domingo y Juanelo. Llega nuestra gente, es decir, Teodorinda y doña Lorenza. Venian solas. ¡Qué dicha! Teodorinda se estaba poniendo el abrigo en la cabeza.

—¿Se ha divertido Vd., D. Antonio? me dijo muy amable.

Era la primera palabra que hablábamos en aquella casa. Me encantó, é hízome olvidarlo todo. Cayó como una gota de rocio en una abrasada flor: y mi corazon la absorbió dichoso. Pero al contestar yo... la de siempre.

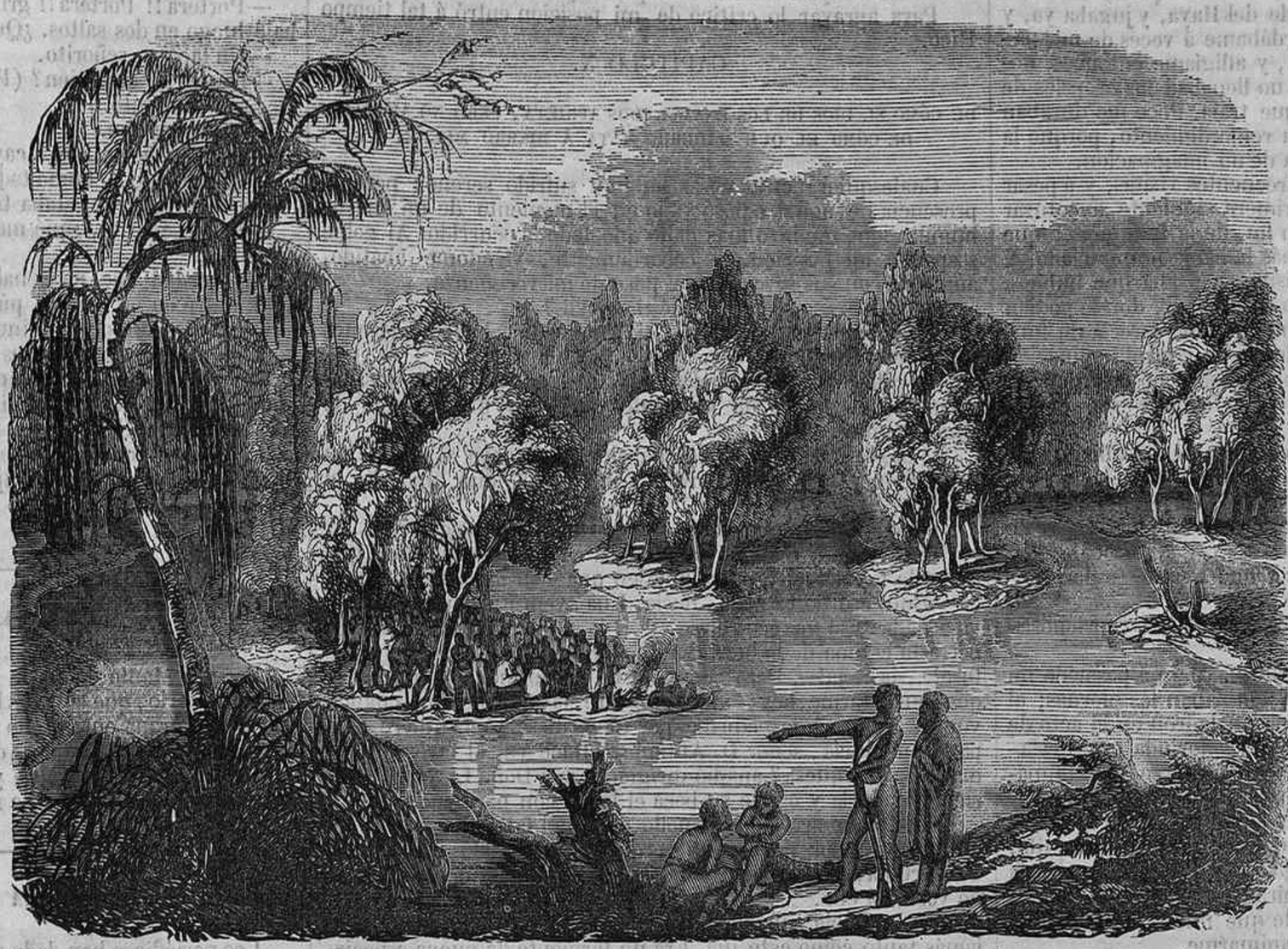
—No señora... es... digo... sí señora, mucho.

Mi labio queria decir la verdad, y mi corazon mentia. En esta fluctuacion no decia ni uno ni otro y me quedaba cortado.

Arreglada ya, va á bajar la escalera.

Ofrézcola sin decirle palabra, mi tembloroso brazo y volviéndome un poco de espalda. Me ahoga la emocion. Siento entre tanto un empellon que me desvia con fuerza y rapidez: por poco caigo: vuelvo sorprendido la cabeza, y me encontré mas, viendo á mi lado á Recio que bajaba llevando de su brazo á Teodorinda.

Nada dije por muchas razones, y una de ellas porque aquel hombre, repito, con su fiero semblante me infundió pavor sin conocerle. Al verle ahora, me acordé de Colconti, el jefe de los bandidos italianos.



Agua mansa en la confluencia del Murray y Murrumbidje, en la Australia feliz.

CAPÍTULO IX.

DE CÓMO EL AMOR HACE MILAGROS, Y LOS ENAMORADOS DISPARATES.

Un mes era pasado desde los acontecimientos referidos. No quiero hablar de los tormentos, de las inquietudes que esperimenté en este tiempo. Cada vez mas enamorado, y cada vez mas convencido de las dificultades del logro de mis deseos, ni comia, ni dormia, ni era hombre. Solo hablaré de los resultados.

En cuanto á Teodorinda, logré en fuerza de frecuentar su casa, adquirir cierta franqueza con ella, digo mal, ella conmigo; pues yo cada vez estaba mas turbado á presencia suya.

En cuanto á doña Lorenza, me aborrecia con la mejor gana, y yo la despreciaba con la mayor claridad. Seria en mí una insensatez, pero no podia remediarlo.

En cuanto á Rico, hallábame en igual relacion que con doña Lorenza. Desgraciadamente le encontraba siempre en casa de Teodorinda, y nuestra conversacion entonces no era sino un tiroteo de pullas con que divertiamos por cuenta propia á la marquesita. El viejo era ladino, y solia yo, como novato, salir derrotado siempre.

En cuanto al comandante Recio, veíale pocas veces, y nunca le habia encontrado de visita á las horas en que iba yo: pero de boca de Teodorinda habia sabido que era un *primo* suyo, separado tiempo hacia de la familia, bien acomodada. Durante la guerra civil, y á pesar de su corta edad entonces, habia huido de la casa paterna y militado luego bajo las banderas carlistas con reputacion de valiente. Estinguida la guerra, retoñaba él, de tarde en cuando, como otros muchos cabecillas, de un peloton de facciosos, restos del ejército de Don Cárlos.

En esta azarosa vida habíase endurecido su carácter, y entre los hechos culminantes de su historia figuraban los siguientes:

Fusiló, mientras fué cabecilla, á cuantos prisioneros caian en sus manos.

Habia tenido muchos desafios y matado á seis contrarios.

Habia estado dos veces tendido en el campo de batalla acribillado de heridas, y abandonado por muerto.

Habia estado otras dos en capilla, y salvádose por milagro.

Y era de los emigrados últimamente venidos de Francia.

Vino á España huyendo de la persecucion de los tribunales franceses á causa de un desafio en que mató á su contrario.

Las relaciones y el dinero de su familia ayudáronle á detener la persecucion de que era objeto, entibiada ya por la distancia.

La avenida de Brauenburgo.

2009 Ministerio de Cultura

Tales eran los antecedentes del comandante Recio, con cuya narracion se entusiasmaba. Se entusiasmaba Teodorinda. Achacábalo yo al amor de familia; era su *primo* segun decia. Sin embargo, le tenia miedo verdaderamente.

Por mi parte habíame trasformado completamente en el mes trascurrido. Vestia con Utrilla, iba á la ópera, asistia á todas las reuniones en casa del conde del Haya, y jugaba ya, y jugaba gordo para mis fuerzas. Acordábame á veces de mis padres, de la apacible vida de la aldea, y afligíame entonces, notando un vacío, un gran vacío que no llenaban los oropeles de que me cargaba, ni la agitada vida que traia. Poco me duraban estos pensamientos, tristes como un remordimiento, porque la imágen de Teodorinda los espantaba de mi imaginacion.

El caso era que á pesar de mis frecuentes visitas, y á pesar de que á mis solas pensaba á la primera siguiente aventurar una palabrita siquiera; y á pesar, en fin, de la franqueza á que ella con la suya me brindaba, jamás la habia pronunciado. Y para disculparme luego conmigo mismo, pensaba que hubiera sido una imprudencia hablar de eso en su casa, donde podian sorprendernos. Por desgracia esta conjetura no carecia de fundamento, pues doña Lorenza, conociendo tal vez mi inclinacion á su sobrina, y odiándome como me odiaba, no nos permitia estar sosegadamente un rato solos: y en defecto de esta persona aparecia Rico.

Un dia llegó en que hice firme propósito de no salir de casa de Teodorinda sin aventurar mi declaracion. Tomada tan heroica resolucion, fuí á visitarla salvando precipitadamente la distancia que me separaba de su casa para no tener lugar de pensar y arrepentirme en el camino.

—¿Qué pierdo con declararme? ¿Y qué tiene esto de particular?

Además las mujeres son caprichosas, y esta es caprichosamente caprichosa.

Tales ideas iba formando por el camino; pero á pesar de mi aturdimiento, al llegar á su casa me temblaban las piernas; al entrar en ella, estaba mas turbado que un ladron en el acto de cometer un robo peligroso; y al ver á Teodorinda creí desfallecer. Dominé mi emocion á favor de un esfuerzo sobrehumano, y me senté. Bien lo necesitaba para no sucumbir materialmente á la lucha que destrozaba en aquel momento á mi corazon. Poco á poco sereném; y aunque no del todo tranquilo, respiraba al menos con mas sosiego. Hasta llegué á mirarla frente á frente, y á sostener su mirada. Teodorinda por su parte estaba mas bella y mas amable que nunca. Parecia que leia en mi corazon y que trataba de animarme.

—Pues señor, allá voy, dije santiguándome interiormente.

—Muy distraido está Vd., don Antonio, dijo Teodorinda.

¿Que mejor ocasion, ni que llamada mas oportuna?

Iba ya á pronunciar palabras sacramentales; Vd. tiene la culpa, iba á decir, porque la adoro: pero me asusté de tanta osadía, y se me quedaron estas palabras en la garganta.

—Es verdad, me contenté con responder. Estoy distraido, muy distraido.

Esto era ir dando tregua y estirando la cuerda, que al cabo habia de romperse, porque nunca me hubiera perdonado si tal ocasion perdia.

—¿Y por qué está Vd. así? ¿Que le pasa á Vd., don Antonio?

Esto iba calentándose.

—No lo sé, señorita: digo, sí lo sé, pero es un misterio.

Muy bien, me dije, aplaudiéndome interiormente.

—Misterios! Calle: y me los oculta Vd.?

—No me atrevo á decirlo, señorita.

—No le pertenece á Vd. el secreto?

—Ah! sí señora, es mio, pero tambien de otra persona.

—Y quién es? puedo saberlo?

—Vd! dije rápidamente: y me quedé sin respiracion.

—Cómo? Y Vd. calla cosas que pueden interesarme? Eso no lo perdono, ni lo consiento; y puesto que es cosa que me concierne, créome con derecho á hacer que Vd. hable, y por tanto se lo ordeno.

—Temo que Vd. se enfade, dije bajando la voz. La proximidad del *punto*, como decia un coplista ciego, me iba dejando exánime.

—Enfadarme? ¿Y por qué? ¿Es algun delito, ó piensa Vd. insultarme?

—Ni uno ni otro; pero....

—¿Pero qué?....

El enemigo me estrechaba; y no teniendo ya donde guarecerme, al agua! dije, y quise hablar; pero me faltaron palabras. En su defecto, acordéme de la accion, y sin pensarlo, sin titubear, rápido como un cohete...

—Qué!!... Qué!!... Qué!!!...

Dije: y al mismo tiempo me arrojé á sus plantas, de rodillas, á guisa de adorador romántico, y cogí su mano. Alzóme ella, aunque sin violencia. No vi mas. Una nube oscureció mi vista; un sudor frio bañaba mi frente, y mi cabeza bullia, y sentia así como el ruido de una densa y ruidosa lluvia. Ignoro el tiempo que así estuvimos; pero debió ser muy poco. Tampoco sé si me dijo algo, porque nada oí.

Sentí de repente un ligero grito, y noté que su mano se deslizó de entre las mias. Alzé la cabeza; sin cambiar de postura vuelvo la vista, y veo á Teodorinda llegando veloz, cerca de una puerta, que salvó luego; volvíme mas, y columbre inmóvil en medio de otra puerta á doña Lorenza mirándome con aire amenazador, acompañada de sus tres perros, y con el cigarro en la mano. Este estaba apagado, por la sorpresa sin duda.

Tan prosáica vision, pero horriblemente poética para mí en aquellos momentos, me sacó de mi amoroso estupor para caer en un anonadamiento de otra especie.

Habia sido sorprendido *in fraganti* delito por un juez, mi mortal enemigo. Por tanto me entregué á discrecion, y sin decir palabra púseme de pié. No esperaba piedad, y no me equivoqué.

—Muy bien, caballerito, dijo, hablando y entrando lentamente, como después de haberlo pensado mucho; muy bien. ¿Así corresponde Vd. á la acogida benévola que en esta casa se le ha dispensado?

Yo callaba. Ella siguió:

—¡Cómo! abusando de la confianza en que le dejo con mi sobrina, tiene Vd. la osadía de portarse así? ¿Trata Vd. de seducirla? ¿Se le figura acaso que porque estamos en la casa solo *dos doncellas* ha de tomarse Vd. libertades por el estilo?..

Sobre que estaba perdido, díjele con sorna á doña Lorenza:

—Y Vd. será *una* de las dos doncellas?

—Sí señor: ¿y qué tenemos?

—Nada, doña Lorenza, que para el caso... me parece Vd. bastante madura.

—Insultos tambien? pues eso faltaba! replicó hecha una furia. Fuera de mi casa, caballero!.. fuera! ó mandaré que le echen los lacayos. Ah!!... Y respiraba jadeante...

Para agravar lo crítico de mi posicion entró á tal tiempo Rico.

CAPÍTULO X.

DE CÓMO EL DIOS DE LOS ENAMORADOS APRIETA, PERO NO AHOGA; Y DE CÓMO EL QUE Á HIERRO MATA Á HIERRO MUERE.

Cualesquiera otras cosas hubiera sufrido sereno; pero la presencia de aquel odioso viejo en el momento de mi mayor humillacion, me hizo mas daño que todo lo ocurrido. Al golpe sospechó mi posicion, y cobardemente, viéndome abatido, aumentó con sus sarcasmos el peso de mi vergüenza.

—¿Qué es eso, señora, qué tiene Vd.?

—Qué ha de ser, señor de Rico; que este caballero, despues de cometer un abuso, viene arrojándome insultos.

Yo callé, porque hubiera tenido á menos tratar de justificarme de los cargos de semejante mujer, y á presencia de aquel hombre.

—Pero en resúmen, ¿qué ha sido? Yo tengo al señor Don Antonio por hombre escesivamente formal, dijo hipócrita el viejo.

Y Doña Lorenza contó de cabo á rabo todo lo ocurrido.

Una sonrisa maligna se dibujaba en los labios de Rico, que al fin de la narracion prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—Pues eso no es nada, decia. Una aventura de un pollo. No vale nada: eso merece reirse, ja... ja... ja!... Me alegro de saber esta escena de la hermosa Teodorinda. Aventura mas chistosa!... ja... ja!... Pero ¿dónde está Teodorinda? Siento tener que ausentarme hoy; mas reservaré la nueva para cuando vuelva. Venia á despedirme por unos dias. ¿Vd. quiere algo para Andalucía, señor D. Antonio? ¿Hace Vd. el favor de llamar á la marquesa? añadió dirigiéndose á Doña Lorenza. Quisiera saludarla y oir de su boca el lance con pormenores...

Hubiérame arrojado al cuello de aquel falso defensor. Pero me contuve por no dar un verdadero escándalo en casa de Teodorinda; y sin decir palabra salí de la casa con ánimo de no volver á ella.

Mucho habia sufrido ya con mi mal aventurado amor; pero jamás tanto como este dia. Era un tormento de nueva especie, pues al parecer me hallaba tranquilo: era la frialdad de la desesperacion.

Preciábame de tener cierta dignidad, y por lo mismo que el amor propio es la fibra mas sensible del corazon de un jóven pundonoroso, por eso es el ridículo su mayor tormento.

Esta idea del ridículo me devoraba en silencio, y por mas que hice para distraerme, no pude conseguirlo. Figurábaseme, cuando iba por la calle, que todo el que me miraba se sonreia de mí con lástima, cual si supiera mi secreto. Por la noche, y á la hora en que acostumbraba á ir á casa del conde del Haya, creíame objeto de la conversacion de algun chistoso y de las risotadas de todos. Gracias, me decia, á que Rico no habrá vuelto de su viaje... pero volverá. Este viejo era mi pesadilla. Muchos dias pasé en esta nueva tortura, resuelto por decontado á no volver á casa de Teodorinda. ¡Y sabe Dios cuánto el renunciar á verla me costaba! Como la vez pasada, pensé en mis negocios domésticos, y me disgusté considerablemente.

Desde mis amores habia descuidado todos los encargos de mi padre, aunque no dejé de hacer frecuentes visitas al comerciante donde recibia el dinero. Ascendian mis gastos á una cantidad que me espantó al considerar la suma. Ya se ve; en cambio habíame hecho muy elegante, introducido en el gran mundo, enamorado de una marquesita, tipo de la elegancia, y hasta habia jugado mano á mano con personajes!

Acordéme del ministro, de sus palabras lisonjeras, de sus promesas y bondad latente, y me decidí á verle segunda vez. Al menos tendré el consuelo de dar á mi padre esta pequeña satisfaccion, puesto que tanto le ha costado. He faltado á este buen señor, pensaba yo, por el señor ministro, y tal vez háyame colocado sin saberlo yo, y estaré haciendo falta en mi destino. Lleno de esta idea voy al ministerio. Recordaron los porteros mi fisonomía, y pasé sin obstáculo.

S. E. me echó los brazos al cuello por verme.

—No crea Vd. que le olvido, amigo Benitez: solo que hay tantas ocupaciones; y luego las Cortes... Oh! las Cortes, amigo, son el potro de los ministros. Si no hubiese siquiera Cortes, podria uno... pero con semejante catarro, palenque de todas las ambiciones, es imposible gobernar... es...

Esta bondad me cortaba, pues el señor ministro se adelantaba á mi pensamiento: así es que yo nada tenia que decir, y entrando con ánimo de pedirle, salí agradecidísimo, y aun con humor de compadecerle. En fin, me aduló, me prometió mucho, me convenció, me dió otro nuevo abrazo, y políticamente me despidió, cargado de esperanzas.

Con esto escribí á mi padre nuevamente, dándole como cosa hecha mi colocacion.

Tranquilo por esta parte, pensé... en qué habia de pensar? En que tenia mi corazon hecho pedazos. No volver á visitar á Teodorinda!... Esta idea me destrozaba. Y por mas que retorcia mi pensamiento, no podia encontrar un medio de estar con ella salvando el ridículo, sin ver á la tia, sin tropezarme con el infame y sarcástico viejo, sin ser objeto de las sonrisas maliciosas y cuchicheos de todos sus conocidos. Vamos: es imposible, pensaba yo, y sin embargo no podia abandonar su imágen. La veré siquiera, sin que ella me vea, sin que nadie lo note. Oh sí! necesito verla, una vez, ó dos veces... ó varias veces... ó siempre que pueda... pero... alto!—me dige—sin ser por ella visto, ni por nadie notado. Con esta condicion estaba casi dispuesto á transigir conmigo mismo.

Nadie estrañará esta mi semi-decision á pesar de los anteriores propósitos cuando estaba reciente la herida hecha á mi orgullo. Cuanto es una sensacion mas intensa, tanto es menos duradera.

Pero no! volvia luego, no quiero verla. Estará resentida, y con razon ofendida de mi atrevimiento, del conflicto en que la puse; y si por casualidad llegara á verme, miraríame airada tal lentamente padeciendo, á perecer de un golpe. Prefiero morir verla: renuncio... aunque mi corazon llore sangre...

Tal era el vaiven de mis ideas. Esta inquietud es peor que la tranquilidad de un cadáver.

Trabajado con tales oscilaciones, llegué á casa un dia. Vióme al pasar la portera, y me dió una esquelita. La cogí sin fijarme en ella. Abríla, y creí caerme redondo. Era de Teodorinda...

—Portera!! Portera!! grité desde lo alto de la escalera, que bajé luego en dos saltos. ¿Quién le dió á Vd. esta carta?

—Un lacayo, señorito.

—De parte de quién? (Por esta pregunta júzguese de mi loco aturdimiento.)

—Nada me dijo.

—Qué facha tenia el lacayo?

—Qué facha?... Como todos los lacayos.

—Quiero decir... estaba triste ó contento?

—Pero, señorito, ¿qué me pregunta Vd? ¿No ha leido Vd. la carta?

Es verdad que no la habia leido. Ni me atrevia á leerla. Subí, entré en mi cuarto, púseme arrimado al balcon, y estuve mirando al sobre cinco minutos. Empecé a desdoblarla, y después de otros cinco minutos de indecision la volví á cerrar con el mayor cuidado. En quitándome el sombrero, la leo... y me quité el sombrero... y así dilatándolo, me quité las botas... el corbatin... arreglé el pelo... me lavé las manos... y la carta cerrada. Vínome por fin una como ráfaga de valor; abrí la carta de modo que hube de romperla y *estrellé* mis ojos en ella. Decia así:

(*Continuará.*)

ALDEANOS RUSOS.

Hoy que tanto llama la atencion cuanto se refiere á ese gran territorio, que con sus brabatas amenaza hace tiempo absorver la Europa entera, no será visto con indiferencia el precioso cuadro de costumbres de N. Ivons, que reproducimos en nuestro número; los trajes y los accesorios de estas pinturas dan á conocer el estado de rudeza y atraso en que se halla la Rusia.

LA AVENIDA DE BRAUENBURGO.

Los periódicos han dado ya los detalles de este desastre, que ha sufrido una de las comarcas mas fértiles de Alemania: bosques, peñas, edificios, ganados, personas, todo ha sido arrebatado por la corriente impetuosa de ese rio, convertido en un torrente de inmensas proporciones; no ha encontrado diques mas que para llevarlos con sigo, ni ha tropezado con resistencia mas que para vencerle: estas escenas dolorosas son tan terribles como magníficas; la lámina que ofrecemos presenta con verdad todo el horroroso aparato de este desahogo de la naturaleza.

LAS AGUAS DE VICHY.

ARTÍCULO II.

El agua se reparte en las fuentes citadas en nuestro anterior artículo, por dos mujeres que hay en cada una, que alternan en la faena de lavar los vasos de los bebedores, curiosamente colocados sobre una mesa, y en llenarlos de agua del manantial. Por este trabajo, que no deja de ser ímprobo, reciben las gratificaciones de los bañistas al concluir cada uno su temporada, gratificacion que no baja de dos francos. Como el número de consumidores de agua es tan considerable, estas gratificaciones forman una cantidad muy buena, digna recompensa de la amabilidad, aseo y puntualidad de las personas empleadas en este servicio.

Las fuentes mas concurridas son la del *Hopital* y *Grand Grille*, cuyas propiedades son las mismas, el *Puit Lardhy* y *la de los Celestinos*. Sirven las primeras para la curacion de toda clase de enfermedades de estómago, hígado, vientre é intestinos, provenientes de irritaciones de todas clases. El agua del Puit Lardhy se administra con resultado en toda especie de desarreglos menstruales, afecciones de la matriz, etc., y la de los Celestinos se emplea con éxito para la gota y el mal de piedra. Los enfermos concurren á la fuente mas adecuada á sus padecimientos, y esto constituye en cada una la distinta sociedad que en otros sitios veremos amalgamada, fundida y formando una sola. El melancólico y amarillento enfermo del estómago; la niña encanijada y sentimental, con la respetable matrona de enorme volúmen y color arrebatado, hacen un contraste agradable con los alegres bebedores de los Celestinos, cuyas prodigiosas aguas reparan los escesos de la mesa. La conversacion aquí es siempre animada y bulliciosa; las anécdotas, chascarrillos y sucedidos picantes, alimentan la conversacion de aquella sociedad amena y divertida, mediante la cual se pone el forastero al corriente de escenas divertidísimas, ocurridas durante el invierno en los primeros y últimos salones de París.

Cada vaso de agua exige su correspondiente paseo, que los bañistas pueden dar, ó en los jardines establecidos alrededor de las mismas fuentes, ó en el gran parque, perfectamente conservado y sostenido por hábiles jardineros que hay frente al gran establecimiento.

La ocupacion de beber dura hasta las ocho de la mañana, á cuya hora cada uno se retira á su casa, toma su baño, y se dispone para asistir al suculento almuerzo que se sirve á las diez en punto en todas las fondas. Las cuatro horas de ejercicio y el baño escitan de tal manera el apetito, que al recorrer las mesas de Vichy, nadie dirá son enfermos los que á ellas se sientan. El que se escede de las prescripciones facultativas sobre este particular, recibe muy pronto el castigo de su esceso; pero en general, hasta que se siente, nadie suele hacer caso. ¡Mísera condicion humana, destinada siempre á ir mas allá ó quedarse mas acá!...

Después del almuerzo empiezan á circular por delante de las fondas carruajes de alquiler de todas clases, caballos de montar, perfectamente arreglados y dispuestos, y tropas de borricos enjaezados para señora y caballero. Cada uno elige el

2009 Ministerio de Cultura

medio mas conforme á su necesidad ó á su gusto para digerir el almuerzo, y ya en coche, ya á caballo ó á pié, la sociedad de bebedores discurre por aquellos hermosos campos hasta las tres de la tarde, hora de empezar á beber. Reprodúcense las escenas de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde, hora en que los dandys se retiran á los *hotels* para hacer su *toilete* y presentarse á la mesa.

A las cinco de la tarde todas las campanas de las fondas tocan el agradable rebato con que se ponen en alarma los estómagos, pues aquella es la señal de estar dispuesta la comida. Los huéspedes van reuniéndose en el salon, perfectamente amueblado, donde nunca falta un piano para que alguna señorita luzca su habilidad. Entre las armonías de Bellini y de Verdi y el murmullo de las conversaciones á *sotto voce*, el que necesita aprovechar la ocasion no se descuida. Oye ó recita la mamá los propios ó ajenos padecimientos, interin la hija de sus entrañas refiere y escucha los de su amante ó los suyos, citándose para la noche en el concierto, ó para mañana en el parque. Aquí se combina una escursion al castillo de Randán; allí un paseo á caballo á la *Addoissiere*, y mas allá una comida en Cuset, ó en el risueño y pintoresco Riom. Nunca falta algun proyectista que trabaja, teniendo muy adelantado su proyecto, en establecer alguna línea de caminos de hierro atmosféricos, vapores marítimos que vuelen, gas sin combustible, mal olor ni esplosiones, ó algun para-granizos para que no padezcan las tierras. Entre estos proyectistas, ninguno llamó nuestra atencion ni escitó mas nuestra curiosidad, que uno, enfermo del estómago por cierto á consecuencia de sus profundas meditaciones para asegurar la fidelidad de los matrimonios. Todas las dificultades, segun decia, las tenia resuelas, menos una, que no quiso decir, porque otro no se llevase la gloria y el provecho de la invencion. Esta dificultad, segun pudimos averiguar, consistia en que, si la sociedad se componia de jóvenes, llegarian á viejos; y si de viejos, duraria poco la sociedad; y si de jóvenes y viejos, no habria la armonía social necesaria.

El aviso de estar dispuesta la comida pone término á aquellas escenas, y proyectistas, amantes, jóvenes y viejos, se dedican enteramente á satisfacer su apetito, doblemente escitado por el paseo y el seductor, cuanto elegante aparato de las mesas, adornadas con el mayor gusto.

CÁNDIDO OJERO.

REFLEXIONES DE UN VIAJERO.

ARTÍCULO VI.

Cualquier amistad tiene una hora negativa, y es útil contar con el testimonio de que faltará algun dia. Nada hay eterno ni duradero en los sentimientos humanos... la alegría y la felicidad no lo son... el dolor y la tristeza mucho menos.

Cuando pensamos en lo amargo, pero verdadero, de estos dos axiomas, nuestro espíritu se abate hasta el estremo de querer renunciar á un sin número de creencias que habian sido un dogma entre nosotros, pero que en vista de otras verdades mas practicables y *mas probadas*, van alejándose aquellas de un modo tal, que ya se lian hecho imperceptibles á nuestra vista. La ilusion no dura mas tiempo que aquel que le permite la realidad. La fé en las creencias no tiene mas vida que la de la razon; pero cuando esta se halla contrariada victoriosamente, la existencia de aquella toca á su fin. Y esto ha sucedido. Y por eso hemos dejado ya de creer en algunas verdades de cuya significacion nos reimos, porque habiéndolas examinado detenidamente, vimos el resultado; esto es, unas palabras huecas, vacías de sentido.

Hay una edad, dichosa para la criatura, en la que solo ve las cosas segun y conforme se presentan á su vista, y las ama y las entrega á su corazon, ó las aborrece ó las maldice, segun el efecto que hacen á sus ojos, porque en esa época solo ve por ellos. Mas pasa esta, y entonces gusta de nuevos objetos, porque así cumple á su naciente capricho, y camina con mas aplomo, medita, reflexiona y combina el nuevo sistema de vida que ha de emprender, hasta que por último, y entre otras cosas, se decide á amar á una persona. Deposita en ella toda su confianza, porque cree de buena fé cuanto aquella le ha dicho, y mas si para ello ha empleado alguna prueba material. De aquí resulta la amistad, cuyo término solo pertenece á la muerte, pues solo el hielo de la tumba puede enfriar el corazon que abriga un cariño grande, vehemente. Pero si uno y otro hombre hubieran tenido en cuenta que sus mútuos servicios, aun cuando toquen en la abnegacion, envolvian un pensamiento de interés; que *todo hombre es corruptible, y no varia sino en cuanto á la especie ó moneda que se emplea para su corrupcion*, seguramente que no se darian la mano de amigo, ni menos pronunciarian un juramento que en tanto dura en quebrantarse, en cuanto se presenta una ocasion favorable. Y en efecto, el hombre no se contenta nunca con aquello que posee: su ambicion exige mucho mas, y es preciso concedérselo, porque de lo contrario *seria faltar á un precepto de propia conveniencia y de utilidad individual*. Por eso hemos visto que las personas no permanecen fieles á aquellas cosas cuyo producto creen que es siembre el mismo, y que lejos de aumentarse, tal vez vaya aminorándose por enfermedad de la planta.

Si fijamos la atencion en la multitud de escenas que se representan en la sociedad, veremos tanta variedad de trajes y de actores, que es imposible señalar con acierto quién de ellos ha salido por segunda vez al proscenio. Harto conocemos la dificultad, si no la imposibilidad que hay para mantenerse en una verdadera constancia, máxime si esta se trata de quebrantar con una barra de oro; porque entonces todos queremos asirnos al fornido brazo que va á descargar un golpe mortal sobre nuestra cabeza. Hasta aquí llegan nuestras miras de ambicion. Todo lo sacrificamos ante una idea lucrativa, y todo muere al golpe de un precioso metal. Nosotros hemos visto que los hombres mas célebres del mundo han hecho traicion á sus principios, han doblegado su altiva cerviz, y han rendido su espada ó su pluma á la presencia de un *solo objeto*. Tambien les hemos visto faltar á deberes grandes y sagrados; y así que, no nos sorprende que falten á uno, que por desgracia se ha hecho tan insignificante como la amistad. Los romanos la erigieron altares y la rindieron culto, porque decian que sin ella no habia seguridad, no existian los bienes; que los interes materiales no podian estar legítimamente afianzados, y que la sociedad no podia mantenerse pura y firme. Pero nosotros, con nuestro genio innovador, vimos esto y nos pareció mal; así que, no vacilamos en introducir una mejora, y esta fué entrar primero en los templos, profanarlos, derribar sus altares, quemar sus ídolos, y rasgar sus leyes; sin tener en cuenta que con esta *sana* medida quedaron demolidos gran parte de los cimientos de nuestra sociedad, y no advertimos que el edificio se conmueve, y que si por un efecto imprevisto llega á destronarse, todos, sin distincion de clases ni condiciones, quedaremos sepultados bajo el peso de sus escombros.

Queremos tranquilidad, y no ponemos los medios para conseguirla: antes bien, por el contrario, buscamos la inquietud, el malestar, la desgracia, la muerte. Queremos la union; porque ella reune y constituye las fuerzas físicas y morales que nos han de defender de una triste y funesta plaga, y lo que hacemos es desertar continuamente de unas filas en que debemos permanecer fieles y valientes. Queremos la confianza, porque es la madre de la riqueza, de la moral, de la cultura, y de cuanto grande en fin hay en el mundo, y sin embargo asesinamos cruelmente á su hija legítima, la amistad. ¿Cómo pues la madre ha de estrechar en sus brazos á unos homicidas? ¿No la veis errante, fugitiva, cubierta de luto, huyendo despavorida, cómo busca un asilo en donde pueda estar á cubierto de nuestros tiros?

Si nosotros hemos herido de muerte á la confianza y á la amistad; si nuestra desventura no puede dulcificarse, porque no volverán aquellas á restablecerse, lloremos, lloremos sin consuelo el crímen nefando que acabamos de cometer; y nuestra propia desgracia sirva de severo y triste castigo para el presente, y de detestable ejemplo para el porvenir. Nuestra conciencia sufre y padece horriblemente, porque habiendo vivido respetada y venerada la amistad, nosotros hemos sido los villanos que desconociendo sus inconmensurables beneficios, llamamos al verdugo para que cortara su hermosa cabeza. Nuestros hijos nos maldecirán cuando lean nuestros nombres tan funestamente célebres en las páginas de la historia. Cien y cien generaciones lanzarán sobre nosotros sus justos anatemas. La posteridad leerá nuestros hechos... y se horrorizará. «¡Homicidas! dirá, salid de vuestras tumbas; venid á darnos cuenta de vuestra vida! Decid ¿qué nos entregais? ¿Es este el fuerte edificio social que habitábais cuando murieron vuestros ilustres antepasados? ¿Por ventura este esqueleto es la hermosa y robusta matrona que pasó á vosotros cuando en mal hora dejaron de existir vuestros abuelos, gloria de su época? No queremos, no, habitar un edificio próximo á arruinarse. Sabed pues que la sociedad está exhalando su postrimer aliento, y que vosotros fuísteis sus homicidas!»

Y á estos severos cargos contestaremos nosotros que mas tarde, mañana, cuando la amistad, ese precioso bálsamo que todo lo alivia, lo cura todo, haya recorrido ese espacio que llaman mundo; cuando la luz de la razon y de la cultura hayan visitado cuanto hay debajo de ese manto azul tachonado de estrellas, y los hombres se convenzan de los grandes bienes que tienen en su mano, entonces resonará por todos los ángulos del globo este grito unánime, significativo y elocuente: «NOS ENTENDEMOS!» Entonces, decimos, la civilizacion borrará los límites, las fronteras y las distancias; porque cuando esos alambres misteriosos (1) crucen el mundo, y sus multiplicados y tejidos hilos le tengan sujeto como en una malla; cuando esos fantasmas con pulmones de hierro, entrañas de fuego y aliento abrasador (2), recorran el espacio con la celeridad del rayo, la humanidad se agrupará en derredor de sí misma, formará un cuerpo, habitará una casa, será nada mas que una familia, y ya no habrá distincion de orígen, de clases ni de naciones. Todos seremos hermanos, todos seremos centinelas que guardaremos nuestra casa para impedir que ningun tirano ose penetrar en ella, porque su presencia nos exaltaria, y le diriamos con justa razon que habia llegado el gran dia en que ningun hombre descubre su cabeza á la vista de otro hombre, y que nuestra rodilla no se dobla sino ante aquel que pudiéndolo todo nos hizo á su imágen y semejanza.—Y esto diremos, y esto se cumplirá, porque Dios dijo á los hombres, que son su fiel traslado: «poblad la tierra y *sojuzgadla*.» (3)

GABRIEL FERNANDEZ DE CADÓRNIGA.

(1) Alude á los telégrafos eléctricos.
(2) Los caminos de hierro.
(3) *Replete terram et subjicite eam.*—GÉNESIS, cap. I., v. 28.

INDICE.

ARTÍCULOS.

Sucesos de actualidad.

Sucesos de actualidad, página 15.—Adjudicacion de medallas, 15.—Relaciones de festejos públicos, por Neira de Mosquera, 59.—Relacion y album pintoresco de la llegada, permanencia y salida de los señores duques de Montpensier en Galicia, 55, 59.—Palacio de la esposicion en Nueva York, 77.—Ceremonia del casamiento religioso del emperador y emperatriz de los franceses, 81.—Interior de Nuestra Señora de Paris en el acto del casamiento del emperador Napoleon, 84.—Vista esterior de Nuestra Señora de París, en el acto de llegar la comitiva para el casamiento religioso de Napoleon, 85.—Mueble regalado á S. M. la reina, 102.—Revista de tropas en Berlin, 137.—Una revista de tropas en Berlin, 142.—Infantería turca, 161.—Esposicion agrícola de Breslau, 165.—Aniversario de Goethe, 167.—La tumba de Napoleon, 167.—Entrada al pabellon ó departamento de máquinas en la esposicion industrial de Leipzig, 177.—Plano de ampliacion del cementerio de San Isidro, 180.—Nuevo cementerio de San Isidro del campo, 180.—Planta y alzado del cementerio de San Isidro, 181.—La revolucion de los Ming en la China, 233.—Las escavaciones mas recientes en Pompeya, 234.—Rompimiento del puente colgante de Peney en el canton de Ginebra, 263.—Nueva espedicion en busca del capitan Franklin, 272.—Plaza del Mercado de Komorn, 273.—Inauguracion de la esposicion industrial de Nueva-York, 361.—Espada ofrecida al general Concha, 369.—Fiesta en la quinta de la señora condesa del Montijo, 374.—Matrimonio del duque de Brabante, 387.—Familia de Abd-el-Kader, en París 411.—Las fiestas del Beiran, celebradas en Constantinopla, 487.—Las escuadras francesa é inglesa en la bahía de Besika, 492 y 493.

Viajes.

La caza del oso en los Alpes del Tirol, página 9.—Un teatro de estilo árabe en Tiflis (Georgia), 18.—Estudio de Rosa Bonheur, 18.—Recuerdos de viaje, por D. Luis Miquel y Roca, 27, 38, 43, 50.—La pelota normanda, 28.—El desierto, por Arago (viajes), 39, 43, 63, 67, 74, 83.—La pesca de perlas en la isla de Ceylan, 54.—El Carnaval en Roma, 55.—El Carnaval en Paris, 55.—Palacio de Reservoir, 75.—Los Mormones, por C. Amigot, 94.—Paris, 96.—El portazgo del Nilo, 107.—Viaje á las islas del Occéano Pacífico, 116.—El palacio de Soubise, 123.—Nuevo hospital de Glaasen en Breslau, 131.—Hospederia de Crimsel, 142.—Monumento en el pozo de Siefried, 142.—Isla de Mormon en la California, 142.—Fortaleza de Komorn, 179.—Caza del Cervo en la Australia, 199.—Museo en Copenhague 199.—Viaje á la Australia, 199.—Palacio de Witelsbach en Munich, 208.—Estado de Wojironina, 211.—Arsenal de buques de vapor de Altofen, 211.—Proyecto de un puente colgante en Colonia, 211.—Palacio Rosenau en Nuremberg, 211.—Valaquia. Una escena de gitanos, 223.—Campamento de los prusianos delante de Bastatt, 227.—El nuevo Pinakothek en Munich, 227.—Los baños minerales de Emo, 230.—Puerta del Triunfo en Munich, 230.—Fortaleza de Konisberg en el Este de Rusia, 238.—Corridas de trineos en Filadelfia, 243.—Quákeros, 243.—La Semana Santa en Jerusalén, 250.—Rio de las Amazonas y su primera vegetacion, 250.—El Bósforo y sus alrededores, 263.—Cornelio Vauderbilt y su yate colosal de vapor, 271.—Una visita á Canton, 274.—Islas de Nikobar y sus habitantes, 275.—Plaza del mercado de Komorn, 275.—Una visita á la tumba de Washington, 263. 279.—La Puerta Otomana en Constantinopla, 281.—Temeswar, 283.—Iglesia alemana de Muskan, 283.—Una ojeada critica por Lima, por Leopoldo y Rolando, 290.—El castillo de Mariemberg, 291.—La puerta Nueva en Nuremberg, 291.—El Sepulcro de Moratin en el cementerio de París, por D. R. de Mesonero Romanos, 297.—Nueva casa de postas de Konigsberg, 302.—Sunderwit, 302.—El Mar Negro, 304.—Espedicion alrededor del mundo, 306, 325.—Iglesia de San Juan de Erfurt, 307.—Raab, 307.—El volcan de Saugai, 319.—Viaje á Londres del liceo filarmónico de Colonia, 350.—La Habana, por D. José María Andueza, 352.—Recuerdos de un viaje por América, por M. Enrique Hernandez, 360.—Rusia y Turquía, 370.—La caza del cocodrilo, 373.—El reloj de la catedral de Strasburgo, 387.—Los Morlacos, 398.—Los Aztecas, 406.—Iglesia de San Felipe de Roulé, 409.—De la Siberia y de los Ostiaks de L'Obi, 419.—Filipinas, 422.—Caballos del Asia central, 427.—Caza del rupicabra de los Pirineos, 457.—Legislacion musulmana, 471.—Bazares de Constantinopla, 475.—Las aguas de Vichy, por D. Cándido Ojero, 499 y 518.—El energúmeno, 499.—La provincia de Erivan, 502 y 506.—Constantinopla, 502.—Mina de Mercurio de Idria, 507 y 515.—Espedicion del capitan Danés Graah á Groenlandia, 507.—Pueblos del distrito de Oremburgo, 507.—Los Filibusteros, 513.

España pintoresca y monumental.

Biblioteca, monetario y armería del Excmo. Sr. duque de Osuna y del Infantado, 511.

Biografías.

Biografía de Carlos Grandemange, página 18.—De D. Juan Nicasio Gallego, por D. V. Barrantes, 24.—De D. Pedro II, emperador del Brasil, 28.—De D. Manuel de Seijas Lozano, 35.—De D. Antonio Gil y Zárate, 35.—De Juan Pradier, 36.—De Enriqueta Beecher Stowe, 49.—De la Excma. señora doña Eugenia de Guzman, 65.—Del marqués de Rodil, 87.—De Fray Domingo Moreno de Silos, obispo que fué de Cadiz, 113.—De James Watt, 119.—Del doctor Orfila, 124.—De Franklin Pierce, 143.—De Gouedic, 147.—De Fernando duque de Génova, y su esposa la princesa Isabel de Sajonia, 172.—De D. Juan Donoso Cortés, 193.—De D. Félix Megía, 215.—De Felipe Francisco de Walther, 230.—De Pedro Aretino, 235.—Del marqués de Albaida, 243.—Del emperador romano Domiciano, 243.—De Rafaela Tirado, 249.—De Antonio Alegri, llamado el Corregio, 250.—De Tien-Té, pretendiente al imperio de la China, 306.—De Hume, 427.—De D. Juan Alvarez y Mendizabal, 434.—De Maroto, 434.—De Carlos XII, 457.—De Omerbaja, 476.—De Eugenio Scribe, 478.—Del general Baraguay d'Hilliers, 491.—De D. Alvaro Florez Estrada, 502.

Ciencias. Invenciones.

Ciencias naturales, por D. A. S. A., página 62.—Invencion, 242.—El Zoo-magnetoscopio, 241.—Invenciones, Antigüedades, etc., 263.—Astrología, 421.—Cable eléctrico-telegráfico-submarino, 318.—Industria y comercio, 475.—Economía política, 477.—Fábricas, 479.—Correos y Telégrafos, 487.—Obras públicas, 487.—Medicina, 487.—Estadística, 491.—Ferro-carriles, 491.—Industria, 497.—Navegacion é intereses marítimos, 498.—Palaeonthologia, 498.

Variedades.

Jenny Lind en Viena, por D. H. B. página 22.—Los héroes se copian, 23.—Testamento curioso, 23.—Corral de Aves, 55.—Horóscopo matrimonial, 102.—La fábrica de tabacos de Madrid, 145.—Anuncios ambulantes, 150.—Abdicacion de Napoleon, 167.—Las Mesas y la Secta de los espiritualistas, 202.—La cria artificial de los peces, 235.—Los puentes colgantes, 250.—Las inhumaciones precipitadas, 299.—Testamento político de Pedro el Grande, 324.—España y Portugal, por don José Espronceda, 349.—Costumbres del siglo XIX, por D. José Marco, 379.—Descripcion del navío rey Francisco de Asis, por D. B. Vicetto, 401.—Habitantes de la luna, 418.—Fabricacion de los chales de cachemira, 419.—Retratos del diablo, 446.—Historia de los antiguos abogados, 459.—Legislacion musulmana, 474.—Religion, 505.—Instruccion pública, 477.

Critica literaria.

Critica literaria, por D. Rafael Maria Baralt, página 93.—Apuntes críticos acerca de las poesias del señor D. Pascual Fernandez Baeza, por Velisla, 122.—El proscripto, por D. C. de O. y M., 145.—Horas de melancolía, por D. Antonio García del Canto, 155.—Dos palabras sobre el compendio de la historia universal de Weber, y traducido al castellano por D. Julian Sanz del Rio, por el baron de Illescas, 161.—Critica literaria y musical, por D. Francisco Barbieri, 201.—De la critica en general, por D. M. de Góngora, 206.

Revista universal.

Revista de teatros, páginas 17, 33, 73, 111, 135, 170, y 203.—Crónicas de todos los meses del año por el cronista, 41, 82, 130, 169,

2009 Ministerio de Cultura

217, 257, 305, 345, 385, 433 y 473.—Revista científica, 82, 209, 249. —Revista de París, 207, 234, 273, 289 321.—Revista universal, 211, 238, 279, 291, 298, 329, 337, 346, 362, 365, 369, 377, 475, 490 y 506.—Revista musical, 487.—Revista de Madrid, por Leporello, 490 y 506.—Revista militar, 505.

Máximas, anécdotas, dichos célebres.

Máximas, página 35, 258.—Anécdotas, 118.—Sentencias, 350.—Pleiteante, 418.—Grandeza de ánimo, 451.—Antítesis, 415.

Bellas artes.

Obras del Palacio Real de Madrid y sus inmediaciones, por D. R. de Mesonero Romanos, página 156.—Esposicion de bellas artes, 400. —Bellas artes, por un artista, 142.—Bellas artes, 487.—Discurso leido en junta pública celebrada en la Academia de Bellas Artes de Cádiz, para repartir los premios á los alumnos de su escuela, por D. Adolfo de Castro, 514.

Amena literatura.

Cartas á Fernan Caballero, por D. Vicente Barrantes, página 10.—Correccion del estilo, por D. José María Larra, 11.—Nuevo modo de transigir, 23.—Tardes del otoño, por D. Primitivo Andrés Cardaño, 26.—La fiesta de los locos, 31.—Respuesta de Fernan Caballero al señor D. Vicente Barrantes, 33.—Un flaco ó flaqueza de los hombres y las mujeres, por D. Antolin Esperon, 42.—El trabajo y la pereza, 46, 51. —La locomotora, por D. Rafael García y Santisteban, 54.—El Carnaval, por D. Pablo Ortega y Rey, 55 —Máscaras, 56.—El miércoles de Ceniza, por D. Domingo Doncel y Ordaz, 58.—Las flores animadas, 58, 67.—Música de los bailes, por D. J. A. Barbieri, 66.—Cuatro palabras sobre cuatro cosas, por D. Francisco Vila, 87, 90.—Carta al director de *El Diario de los Debates*, por D. Ruiz de Vasconcellos, 89. —El café, por D. Julian Santin de Quevedo, 92.—Un cuadro del siglo de oro, por D. José Gonzalez de Tejada, 106.—Una historia de ayer, 107.—Los apellidos, por el baron de Illescas, 120.—Ejecucion militar á bordo de un buque, 120.—Cuentos de un loco, por D. José Zorrilla, 126.—Las serpientes y sus magnetizadores, 153, 163, 171, 182, 195.—La industria de la lana, por L. 166.—Una mañana y una noche, por A. de Lacrois, 176.—Cartas de dos amigos, por Carlos, 175, 191.—Las flores, por Antonio G. del Canto, 179.—La industria de la seda, 190, 199.—De los pronombres, por D. F. de Paula Seijas, 218, 243, 307 —Las chuferías de Madrid, por D. Antolin Esperon, 223.—Rebusco de poesías inéditas, 225.—Arte de leer el *Diario de Avisos*, 227.—Jamonas y solteronas, por D. Antolin Esperon, 258, 278.—El pintor Robineau en Rusia, 259.—Nuestras pasiones dramáticas, por D. Gabriel Estrella, 282.—Historia de un vestido de muselina, por L. Jourdan, 327.—Historia de una taza de café, 334, 339 —Los títeres en Francia, 391.—De la amistad, por Antolin Esperon, 411.—De la embriaguez, por D. J. C. E., 426, 435.—Literatura. De la sátira y de los satíricos, 425.—El sable de Aly, 427.—El problema, 438.—Una mujer, 439.—El rosal blanco, sacado de las memorias de un hombre sensible, 443.—Tabernas de templanza, 446.—Ariosto y Tasso, 449.—Sobre la publicacion de los cartularios, por D. B. de X., 450.—Las escavaciones de los Propileos en Atenas, 451.—El gran tribunal, por D. Francisco Vila y Goyri, 458.—Peregrinacion de Albacete y las Batuecas, por Juan de la Encina, 362, 382.—Bocetos parisienses, por D. A. A. Orihuela, 391, 409.—Reflexiones de un viajero, por D. Gabriel Fernandez de Cadórniga, 434, 466, 478, 000, 000 y 519.—Literatura española, por D. A. B. A., 466 —Amor, por D. Isidro Wall, 466. —Las notabilidades, por D. M. Ortiz de Pinedo, 483.—Teatros, 487.—Literatura, 506.—El baile y las mugeres en el siglo XIX, por D. Antonio G. del Canto, 510.

Cuentos y novelas.

La tempestad, por Federico Soulié, página 2.—Peregrinaciones, escapatorias y àventuras de un perro carlin, 11, 19, 30, 36, 42, 51, 71, 79, 86, 92, 112.—Recuerdos intimos de tiempo del imperio, 15, 18.—El suicidio de un bailarin, 19, 26.—El loco de San Sérvolo, novela, 31, 34, 47.—Las cenas del Directorio, novela, 49, 66, 74, 83, 102, 105, 114, 127, 130, 151, 154, 167, 175, 191, 194, 207, 215, 230, 239, 247, 255, 259.—Una matanza de cosacos, por Cavaignac, 63, 67, 75, 104.—La señorita de Kerouare, novela, por Mr. J. Sandeau, 98, 108, 113.—Una jóven de provincia, 115.—La mano derecha del señor de Giac, 117, 125, 135.—Infancia de un gran ministro, 122.—Magdalena, novela, 134, 147, 159, 164, 171.—La capilla espiatoria, novela de D. Antonio G. del Canto, 138, 146, 154, 183.—El retrato, 150, 159.—Cárlos Lineo, 158, 162, 170.—Los tres parias, 179, 195.—Rico y Pobre, novela, 198, 203, 211, 219, 235, 243.—Una boda en grande, novela, por el baron de Illescas, 268, 275.—Al cisne de plata, novela, 279, 287, 291, 299, 313, 326, 329, 339.—Juan, anédota de 1814, 283, 294 —La primera cana, 286, 290, 298. —Diario de un náufrago, 251, 258.—El ladron de la corte, novela, 275, 283, 295, 303, 308, 322, 335, 343, 354, 363, 371.—Roberto de Bris, 301.—El robo del retrato, novela, 302, 331.—La herencia, novela, 304, 402.—De como, queriendo chasquear un sobrino á su tio, sucedió precisamente lo contrario, cuento, 305 —Una venganza, novela, 310, 359, 374, 383.—El perro de los desposados, novela, 314. —Smarra, cuento de Cárlos Nodier, 319, 327, 331, 338.—Carolina, novela, 319, 330.—El cochero de cabriolé, novela, por A. Dumas, 323, 331, 338.—La anciana doncella de Boston, leyenda americana, 439.—El sueño de oro, cuento, 342, 351.—Las tres reinas, novela histórica, 348, 367, 375, 379, 386, 415, 419, 431, 447, 451, 463, 470.—Escipion el Africano, novela, 387, 403.—Las alas de un ángel, novela, 387.—El huérfano, 391.—¡Lo que son los jóvenes! 391.—La posada de la Madona, novela, 407, 414.—La capa, 415, 422.—El verdugo, episodio de la guerra de la independencia, 423. 427.—Los amores de Justino, novela, 430, 442.—El castillo de las vírgenes, 453. —El inválido de Greenwich, 455.—Milord Scherley, 459.—Una condesa, novela, 462. 470 —Fragmento de las memorias de un sargento polaco, 467.—Historia de unos amores, por D. A. Bonnat, 482.—Mi primer vuelo á la corte, novela por D. Fidel García de Lomas, 483, 494, 503, 510 y 515.

GRABADOS.

Sucesos de actualidad.

Luis Napoleon al tomar posesion del trono imperial en la sala de mariscales del palacio de las Tullerias, página 1.—Teatro construido en Tiflis, Georgia, 20.—Láminas de Jenny Lind, 21.—Sepulcro de don Juan Nicasio Gallego, 25 —Colocacion de la primera piedra del hospital de la Princesa, 41.—Trajes del emperador Napoleon y la emperatriz Eugenia en la ceremonia del casamiento religioso, 81.—Ceremonia del casamiento civil del emperador Napoleon, 88.—Moneda acuñada en memoria del casamiento del emperador Napoleon, 88.—Mueble regalado á S. M. la reina, 93.—El trono imperial en el palacio de las Tullerias, 105.—Esposicion agrícola de Breslau, 164.—Necessaire de costura de D. Ramon Iglesias, por D. Antonio Neira de Mosquera, 177.—Mesas giratorias, 201.—Gran revista pasada por el emperador de los franceses á la guarnicion de Paris, 337.—Espada ofrecida al general Concha, 369.—Navio rey Francisco de Asis, 401.—Lámina representando á la fiesta de los difuntos en Bezas (Francia), 425.—Vista general interior de la Esposicion Universal de Nueva York, 480 y 481.—Capítulo de Caballeros de la Orden de Cárlos III en la capilla Real de Madrid, el 8 de diciembre, 488.—Vista del salon de la rifa á beneficio de la Inclusa, 497.—Monumento erigido á la memoria de Balmes, 513.

Retratos.

Luis Napoleon, emperador de los franceses, página 16.—Carlos Grandemange, 17.—Don Juan Nicasio Gallego, 25.—Don Pedro II, emperador del Brasil, 29.—D. Antonio Gil y Zárate, 33.—De D. Manuel de Seijas Lozano, 33 —Juan Pradier, 36.—Enriqueta Beccher Stowe, 49.—La condesa viuda de Montijo, 65 —La Excma. señora condesa de Teba, 69.—Doña Teodora Lamadrid, 73 —El marqués de Rodil, 88. —Carlos Pierce, 89.—El obispo de Cádiz, fray Domingo Moreno de Solís, 113.—Orfila, 121.—D. Pascual Fernandez Baeza, 121.—Mad. Duderant (Jorge Sand), 129.—Mausoleo del Feld-mariscal Blucher, 142. —Mausoleo del Feld-mariscal Blucher, 144.—Gonedic, 145.—Estátua de Goethe, 165.—Goethe, 168.—Fernando, duque de Génova, y de su esposa la princesa Isabel de Sajonia, 169.—Estátuas del general Ziethen y del anciano Dessaner, 171. D. Juan Donoso Cortés, 193.—D. Félix Megia, 209 —Estátua de Felipe Francisco de Walther, 221.—El príncipe y la princesa de Luca, 233.—Estátuas de Federico I rey de Prusia, de Ottokar, rey de Bohemia, fundador de Konigsberg, y de Alberto, duque de Prusia, fundador de esta universidad, 237.—D. José María de Orense, marqués de Albaida, 241.—La niña Rafaela Tirado, 249.—Una aldeana romana, 256.—Tien-Té, pretendiente al imperio de la China, 305.—Pedro el Grande, 321 —Doña Matilde Diez, 329 —D. Pedro Sainz de Baranda, 377.—María Enriqueta de Austria, 393.—Leopoldo Luis Felipe María Victor, duque de Brabante, 393.—Niño y niña de aztoza, 404 y 405.—Familia de Abd-el Kader, 412.—Mendizabal, 433.—Maroto, 433.—El duque de Choiseul, 449.—Carlos XII, 457.—Jorge IV, Guillermo IV, Enrique VIII, Welhigton, Juana Showe, Isabel de York, Eduardo IV, Enrique V, Isabel Widville, Vickleffe, Juana de Arc, Catalina de Aragon, Catalina Howard, Ricardo III, la princesa Carlota, la princesa Carolina, Caning, Lord Etmunth, Lord Cowalhis, Lord Grey, Francisco Burdett y Lord Brougham, 460 y 461. —El emperador de Austria, 473.—D. Alvaro Florez Estrada, 504.—Omer pacha, 505.

Viajes.

Taller de mademoiselle Rosa Bonheur, página 21.—Máscara en el baile de Versalles, 53.—Lámina de la pesca de las perlas en Ceilan, 53.—Láminas del Carnabal en Roma, 56 —Láminas del Carnaval en París, 64.—Láminas de un viaje á las islas del Occéano pacífico, 116. —Fiacre de Viena probando caballos, 172.—Monumento en el pozo de Sicfricd, 136.—Vegetacion primitiva en el rio de las Amazonas, 173. —Proyecto de un puente colgante en Colonia, 213.—La dieta germánica, 217.—Espedicion en busca de Franklin, 224.—El nuevo Pinakothek en Munich, 232.—La colonia alemana, 241.—Láminas del pintor Robineau en Rusia, 261.—Una visita á Canton, 282.—Los baños de Gastein, 477.—Oficinas del timbre en París, 500.—El púlpito del Diablo, cerca de Hirschberg, 508.—Paredon del peñasco en Leiserhanser, 508.—El peñon del sacrificio, cerca de Seidor, 506.—El lago de Arber (Baviera), 509.—Punto al Oriente del monte Hope en las márgenes del rio Yarrayne, en la Australia feliz, 516.—Agua mansa en la confluencia del Murray y Murrumbidje, en la Australia feliz, 517.—La avenida de Brauenburgo, 517.

Bellas artes.

El Exámen, cuadro de J. P. Hasenchever, 476.—*Gloria in excelsis Deo*, 489.—Tomás Muncer y sus compañeros caminando al suplicio, cuadro de Federico Martersterg, 501.

España pintoresca y monumental.

Biblioteca del duque de Osuna, 512.—Armería del duque de Osuna, 512.

Vistas.

Vista de Nueva York, página 77.—Panorama de París, 96 y 97.—Portazgo del Nilo, 109.—Palacio de Soubise, 128.—Hospedería de Grimset, 132.—Isla de Mormon en la California, 136.—Nuevo hospital de Laasen en Brulan, 142.—Interior de uno de los talleres de la fábrica de tabacos, 149.—Alzado del plan general de obras del real palacio y sus inmediaciones propuesto por Saqueti, 156 y 157.—Iglesia de San Pedro en Hamburgo, 181.—Komorn, 184.—Una escena de reclutamiento en Alemania, 192.—Erlau, 195, 196.—Museo de Thorwaldseu en Copenhague, 200.—Comarca de Cattaro, 206.—Arsenal de buques de vapor de Altofen, 212.—Palacio Rosenan en Nuaemberg, 216.—Puerta del triunfo en Munich, 224.—Campamento de los prusianos delante de Rastatt, 225.—Puerta de los tres reyes en Konigsberg, 236.—Roma, 244.—Rio de las Amazonas y su primera vegetacion, 252.—Cuadro de la noche de Navidad, 253.—Venecia, 257.—Recuerdos de Frisa. Corridas de patines, 264 y 265.—Cabañas de los isleños de Nikobar, 276.—Temeswar, 281.—Iglesia alemana de Muskan, 285.—El castilo de Marienburg en Prusia, 289.—La puerta nueva en la calle de Tintoreros de Nuremberg, 293.—Sepulcro de Moratin en el cementerio del Padre La Chaise en París, 297.—Nueva casa de postas de Konigsberg al Este de Prusia, 300.—Vista tomada desde el reducto de Smol sobre el Wenningbour, 301.—Raab, 312.—Iglesia de san Juan de Erfurt, 313.—Vista de Madrid, de Hamburgo, de Stokolmo de Idras, Combra, Roma, Coscuza, Jerusalén, Londres, Lucerna, Salerno, Constantinopla, Colonia, Dresde, Pompeya, Berlin, Coblenza, Amsterdam, Singapor, Nápoles y Viena, 332 y 333.—Palacio erigido en Dublin para la esposicion, 341.—Plaza de armas de la Habana, 346.—Vista de la Habana, 352.—Paseo de Tacon de la Habana, 353.—Flota otomana en el fondeadero de Boyoukdere, 385.—El reloj de la catedral de Strasburgo, 389.—Incendio de un buque en alta mar, 389.—Fábrica de tinta de imprimir de Mr. Lawson y compañía en París, 413.—Constantinopla, 417.—Cementerio del Padre Lachaisse, 428.—Castillo de Vilford, 441.—Plaza del hotel de Ville de París, 448.—Marsella, 448.—Salon de bailes y conciertos de los Campos Eliseos de Barcelona, 465.—La feria de Sevilla, 468 y 469.—Vista de Gibraltar, de Amsterdan, de Ancona y de Tunez, 472.

Caricaturas.

Los teatros por dentro, páginas 4 y 5.—El invierno, 37.—Sueños dorados, 45.—Proyectos positivos, 45.—Historia de un suicidio, 48. —Polichinela, 52.—Arlequin, 52.—Caricaturas, 160, 368, 408, 424 y 429.

Tipos y escenas populares.

Vuelta de la caza del oso, página 9.—La pelota normanda, 28.—Láminas de la caza del cervo en la Australia, 197.—Habitantes de la Wowodina, 212.—Bailes alemanes, 417.—Canoa de los isleños de Nikobar, 277.—Naturales de Hindelopen, 264 y 265.—Lámina de los títeres en Francia, 388.—Láminas del dia de difuntos, 428.—Aldeanos rusos jugando á los dados, cuadro de A. Ivons, 516.

Grabados varios.

Mapa general de caminos de España y Portugal, página 24.—Láminas de los héroes se copian, 24.—Lámina de la historia, de la decadencia, 72.—Figurines para bailes de trajes, 53.—Corral de aves, 57. —Láminas de la historia de Inglaterra, 117.—Lámina de ejecucion militar, 120.—Láminas del puente de arena, 132.—Lámina de anuncios ambulantes, 148.—Aparaderos para colocar los cigarros, 149.—Láminas de cuentos de un loco, 152.—Infantería turca, 162.—Alegorías de los meses, 161, 164 y 165.—Abdicacion de Napoleon en Fontainebleau, 168 —Lámina de una mañana y una noche, 176.—Noé y su familia, 205.—Láminas de los Tres Mosqueteros, 340 y 344.—Un quitrin, 360.—Láminas del folletin de *Las Novedades*, 381, y 384.—Lámina de lo que son los jóvenes, 389.—Láminas de los veinte años, 436, 440 y 441.—Ana Macdonal, 456.—La condesa, 461.—Láminas de dos decoraciones del teatro de la Cruz, 496.—Escena de *Satanella*, baile fantástico, 500.—Problema de ajedrez, 504.—La niñez, alegoría, 504.

Escenas de novelas.

Láminas de la tempestad, página 8.—De recuerdos de tiempo del imperio, 14.—De peregrinaciones y aventuras de un perro carlin, 14, 20, 28, 29, 40, 45, 52, 72, 80, 92 y 112.—Del suicidio de un bailarin, 17.—Del loco de San Sérvolo, 20 y 32.—De la fiesta de los locos, 32. —Del desierto, 40, 44, 68, 92 y 93.—De las cenas del directorio, 57, 68, 80, 108, 104, 125, 160, 133, 185, 216, 232, 240, 248, 260 y 261. —De una matanza de cosacos, 60, 76 y 108.—De una historia de ayer, 112.—De una jóven de provincias, 116 —De la mano derecha del señor de Giac, 124 y 125.—De infancia de un gran ministro, 128.—De Magdalena, 133, 148, 156 y 165.—De el Retrato, 148, 156 y 157.—De Carlos Lineo, 157 y 172.—De los tres parias, 185 y 196.—De Rico y Pobre, 204, 213, 220, 236, 245 y 248.—De El Ladron de la Corte, 276, 277, 284 292, 296, 300, 304, 308, 309. 328 y 336.—De al Cisne de Plata, 280, 285, 288, 292, 301, 312 y 328.—De Juan, 284 y 293.—De Roberto Bris, 300.—De Carolina, 309.—De Smarra, 320 y 328.—Del cochero de cabriolé, 324, 325 y 336.—Del Sueño de Oro, 344.—De las tres reinas, 348, 349, 372, 373, 376, 380, 404, 405, 416, 420, 437, 452, 453 y 464.—De Escipion el africano, 388.—De la herencia, 388 y 400.—Del Huérfano, 400.—De la capa, 413.—Del Verdugo, 421.

Música.

La Noche de Estio, página 12.—Romanza inédita de Rossini, 60.—La Careta Negra, polka mazurka, por D. M. de la Mata, 100.—El Capuchon Azul, polka por D. M. de la Mata, 101.—Camelia, polka, por don M. de la Mata, 114.—La Madre y el Niño, 188.—La Primavera, vals, 228 y 229.—La Bella Aurora, polka mazourka, por D. José Morales y Sanz, 268.—Cancion del Bandido, 316.—Las Violetas, polka brillante, 356.—Polka 396.—La Perla Javiense, por D. José Morales y Sanz, 444.—La perejilera, polka, 484.

2009 Ministerio de Cultura